2014-11-12

Aportes al Análisis de la Subjetividad de Personas en Situación de Extrema Vulnerabilidad

Rojas, Anabel Noemí Ayelen

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/195>

Descargado de RPsico, Repositorio de Psicología. Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Inni

Índice General

Introducción	2
Marco Teórico	5
Metodología	33
Análisis de Datos	36
Conclusiones	79
Bibliografía	94

Introducción

La presente investigación tiene por objeto estudiar y analizar las subjetividades de personas que han atravesado situaciones de vulnerabilidad social extrema; entre ellas se destaca como representativa la situación de calle. Para este análisis partimos de la idea de que la producción de subjetividad incluye todos aquellos aspectos que hacen a la construcción social del sujeto y que lo inscriben en un tiempo y un espacio particulares. (Bleichmar; 1999). Pensamos junto a Foucault (1984) que no existe una única manera de ser sujetos, sino que la subjetividad es una forma histórica, sujeta a los discursos y prácticas que en un determinado momento socio-histórico van a fundar las verdades, ofreciendo modos específicos de ser. La noción de subjetividad articula lo psíquico y lo social; desde el inicio mismo y debido al desamparo y la prematuración del lactante (Freud; 1895), el otro adquiere un lugar imprescindible en la vida del sujeto y es por eso que pensamos la dimensión subjetiva como un proceso de transformación que sucede en y por el vínculo con otro, siempre inacabada y abierta al efecto que lo social y los vínculos, puedan producir (Sternbach, 2003). En este punto, las instituciones cumplen un papel fundamental, ya que nos preceden y nos introducen en el orden de la subjetividad, nos inscriben en los vínculos intersubjetivos primarios y en los lazos sociales. (Kaës; 1989). Las instituciones acompañan toda la vida del sujeto, realizan funciones múltiples y a través de la pertenencia y la permanencia, nos incluyen en la sociedad como sujetos de época. Es este sentido, sostenemos que la desvinculación del sujeto con el orden institucional, forma parte de los procesos de desafiliación de las matrices vinculares; que dejan al sujeto en una situación de vulnerabilidad social, al borde de la exclusión.

En el presente trabajo intentamos analizar e indagar acerca de los posibles efectos y/o modificaciones, que provocaría en la producción de subjetividad, el atravesamiento por situaciones de extrema vulnerabilidad. Para ello tomamos como objetivos de investigación:

- Analizar los modos de vincularse con los semejantes que presentan los sujetos.
- Analizar la composición y valoración de su red de vínculos.
- Analizar los modos de vinculación con las instituciones.
- Indagar acerca de la autopercepción de sus potencialidades.
- Indagar acerca de cuáles son las significaciones que poseen los entrevistados sobre la situación de vulnerabilidad.

Para alcanzar estos objetivos utilizaremos como metodología la administración de entrevistas con la modalidad relato de vida. El diseño metodológico incluye también observaciones naturalísticas de la interacción espontánea de los sujetos entrevistados en diferentes actividades dentro de la institución. La muestra estará compuesta por sujetos de ambos sexos de edad entre (35) y (65) años, que residen en la institución Hogar “El Campito”, dependiente de la Municipalidad de General Pueyrredón. Si bien se trata de una investigación exploratoria-descriptiva, partimos de la presunción de que la vivencia de condiciones de extrema vulnerabilidad, como la situación de calle, conduciría a modificaciones en la subjetividad.

Como sostuvimos anteriormente los vínculos con las instituciones en general, adquieren un carácter fundamental en el orden de la producción de subjetividad; el análisis de los datos nos hace inferir que las instituciones por las que los sujetos han atravesado a lo largo de sus vidas como la familia, la educación, el trabajo, etc. han presentado diferentes fallas en sus funciones de sostén, pertenencia y regulación,

generando entornos inestables y reproduciendo la desafiliación de las matrices vinculares, excluyendo al sujeto de la dinámica social. Estas fallas generarían en los sujetos entrevistados cierta fragilidad a nivel psíquico, social y vincular, que antecede y condiciona (no determina) a situaciones de extrema vulnerabilidad, como la situación de calle que han vivido. En este sentido, y atendiendo a la subjetividad como proceso, las condiciones inaugurales del psiquismo, no excluyen la producción de nuevas marcas a partir de los múltiples cruces que la vida posibilita; resulta importante mencionar, entonces, que los sujetos van armando sus subjetividades a partir del universo de significados, valoraciones, y las propias experiencias de vida que proveyó el atravesar situaciones de vulnerabilidad extrema, como la situación de calle.

Por otro lado, teniendo en cuenta que los sujetos entrevistados actualmente se encuentran en el Hogar “El Campito”, hemos podido observar que dicha institución se presenta para los sujetos como una institución de amparo, justamente frente a la des-subjetivación y el desamparo vividos a lo largo de toda sus vidas; una institución cuyo objetivo es ligar, afirmar y sostener, además de establecer un espacio habitable y de apuntalamientos múltiples.

Marco Teórico

Introducción

Para el abordaje de la problemática relacionada con la producción de subjetividad en situaciones de extrema vulnerabilidad, nos apoyaremos en una lectura y escucha multireferencial. Para ello tomaremos nociones e ideas provenientes de las Ciencias Sociales, Filosofía, Psicoanálisis, Teorías Grupales y Vinculares de pensadores contemporáneos, que nos permitan analizar los posibles efectos o modificaciones de las subjetividades de aquellas personas que hayan atravesado situaciones de extrema vulnerabilidad, como la situación de calle.

En este análisis, resulta necesario señalar las transformaciones en los ámbitos político, económico y social consecuencia de la lógica del sistema capitalista. Esta lógica tiene como correlato un aumento de las desigualdades y de la vulnerabilidad social, dando como resultado la marginación, el aislamiento y el consecuente resquebrajamiento de lazos sociales. Desde una perspectiva crítica pensadores como Castoriadis (1997); Guattari (2001); Lazzarato (2008) analizan cómo la producción de subjetividad en el neoliberalismo acota a los actores sociales a individuos produciendo una ruptura en los procesos identificatorios colectivos, generando a la vez complejas fragilidades sociales y subjetivas. En este escenario pensamos la vulnerabilidad no solamente como una situación de desposesión material y cultural, sino un proceso que está asociado con la pérdida o fragilización de los vínculos de pertenencia y referencia, así como de las capacidades y recursos psíquicos y sociales.

Pensando la producción de subjetividad

Comenzaremos por decir que el concepto de subjetividad es trabajado desde distintos campos de pensamiento: pensamiento filosófico, antropológico, sociológico, político, semiótico, y actualmente el pensamiento psicoanalítico.

Cada disciplina ha investigado diferentes cuestiones acerca del sujeto y de la producción de subjetividad; sin embargo el hecho de poner el acento en la noción de subjetividad como producción, como proceso inacabado que solo se detiene con la muerte del sujeto, implica necesariamente abrirnos al pensamiento de la multiplicidad, trabajando con aportes de diferentes autores formados en distintas disciplinas. Nuestro fundamento consiste en trabajar con un criterio transdisciplinario, cuyo convocante sea la noción de subjetividad como campo de problemáticas. (Fernández, 1989).

Partimos de la concepción de producción de subjetividad de Bleichmar (1999), quien plantea que esta noción incluye todos aquellos aspectos que hacen a la construcción social del sujeto, en términos de producción y reproducción ideológica y de articulación con las variables sociales que los inscriben en un tiempo y un espacio particulares. La producción de subjetividad hace a un conjunto de elementos que van a producir un sujeto histórico, *acceptable* socialmente. Y esto es inevitable en razón de que la subjetividad está atravesada por los modos históricos de representación con los cuales cada sociedad determina aquello que considera necesario para la conformación de *sujetos aptos* para desplegarse en su interior.

Pensamos, siguiendo a Foucault (1966), a la producción de subjetividad a partir de las transformaciones que una sociedad presenta en la construcción de sus habitantes en un momento socio-histórico particular. Este autor señala que no existe una única forma de ser sujetos, sino que la construcción de subjetividad es el resultado de

procesos heterogéneos a los que denomina “modos de subjetivación”, los cuales están sujetos a los discursos y prácticas de una determinada sociedad. (Foucault, 1984)

Por su parte, Deleuze (1986) considera que el elemento fundamental en el pensamiento de Foucault, es haber concebido que la subjetividad no es una relación surgida desde el individuo hacia el mundo, sino una relación desde los saberes y los poderes que el individuo encuentra en el mundo, los cuales se pliegan generando dobleces o *zonas de subjetivación*. El mérito de Foucault, para Deleuze, es haber realizado un análisis minucioso de las condiciones de posibilidad históricas de las subjetividades. En clara oposición a la tradición cartesiana, Foucault (1984) sostiene que el sujeto no es una sustancia. Es una forma, y esta forma no es sobre todo ni siempre idéntica a sí misma. Entonces, al correrse de la mirada del sujeto como sustancia inalterable, nos va a hablar de lo que él denomina “modos de subjetivación” como modos de objetivación del sujeto, es decir, modos en que el sujeto aparece como objeto de una determinada relación de conocimiento y de poder. Para este autor la subjetividad es una forma histórica, sujeta a los discursos y prácticas que una sociedad establece. Foucault nos conduce hacia un pensamiento en el cual el sujeto aparece no como instancia de fundación, sino como efecto de una constitución. (Castro, 2004). Es así que la constitución subjetiva estará dada a partir de los discursos (lo dicho y lo no-dicho) y las prácticas que en un determinado momento socio-histórico van a fundar las “verdades” ofreciendo modos específicos de ser.

Retomando lo que desarrolla Castro (2004) el pensamiento de Foucault, en relación a los modos de subjetivación, las prácticas de saber y de poder entrelazadas, ocupa un lugar central en los modos específicos de actuar y de pensar, produciendo una determinada subjetividad de época. En este sentido resulta necesario señalar que el poder y sus prácticas, tal como las conceptualiza el autor, existen sólo en el ejercicio; el

poder es relacional y consiste básicamente en conducir conductas y disponer la probabilidad, induciéndolas, apartándolas, dificultándolas, limitándolas, impidiéndolas. El poder no es represivo, sino que es productivo, debe ser visto como una realidad positiva, es decir, como fabricante o productor de individualidad.

Foucault (1990) señala que los modos de subjetivación también incluyen las prácticas de sí, como aquellas actividades transformadoras que los sujetos pueden realizar sobre sí mismos para transformar sus vidas. Será también a través de las prácticas, el medio por el cual buscarán producir modificaciones en sus padecimientos, insatisfacciones, modos de vincularse con los otros y consigo mismos. (Foucault 1990, Citado por Acuña, 2008). Con las prácticas de sí, el autor rescata algo del orden de la singularidad, que nos indica que el sujeto no está totalmente determinado por los discursos y prácticas de saber-poder que una sociedad establece. Foucault revela que el hombre está sujeto: sujeto a su conciencia, a una red de dispositivos e instituciones que los constituyen como sujeto de época, pero también está sujeto a su propia voluntad. Por ello la importancia del cuidado de sí mismo, como práctica de sí. Ser consciente de las prácticas y determinaciones históricas de lo que somos para, de este modo, saber lo que deseamos ser y hacer. En la última etapa de su obra, el cuidado de la verdad es un cuidar de sí, en el que el sí mismo aparece relatado y constituido en una relación consigo, como cuerpo y como sujeto. Con el cuidado de sí podemos librarnos tanto de tecnologías de poder que nos someten, de las verdades que nos modelan, como liberarnos de nosotros mismos. En consecuencia, Foucault nos deja ver que estamos sujetos a producir los saberes y las verdades desde el poder que las exige, que las necesita para funcionar, más esta situación no necesariamente es inmutable, podemos tomar cierta distancia de los modelos de domesticación. “(...) El análisis histórico-filosófico de la racionalidad interna de los discursos (saber), de las prácticas sociales

(poder) y de las relaciones consigo mismo (ética) puede favorecer la comprensión de los discursos, las prácticas y las subjetivaciones actuales”. (Díaz, E; 1990; pág. 36).

La subjetividad no será entonces, solo el efecto de los dispositivos de saber-poder y sus estrategias.

Dispositivos de producción de subjetividad

Resulta necesario, entonces, hacer una mención a lo que este pensador trabaja como “Dispositivo”. Para Foucault (1977) un dispositivo es, en primer lugar, un conjunto resueltamente heterogéneo que incluye discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, brevemente, lo dicho y también lo no-dicho. El dispositivo mismo es la red heterogénea que se establece entre estos elementos; configura una especie de formación que, en un momento dado, tuvo por función mayor responder a una urgencia. Los dispositivos sociales, a través de los discursos, tienen por función la construcción de subjetividades.

Foucault introduce la idea de dispositivos en *Vigilar y Castigar* (1974) y en *La Voluntad de saber* (1976), aludiendo al complejo entramado de fuerzas y discursos con el fin de ejercer poder para producir determinadas acciones. (Foucault 1974/76, Citado por Acuña; Pintos; 2009). Analiza los dispositivos inscritos en juegos de poder, los cuales están conectados al saber, que surge de relaciones de poder y a su vez las condiciona.

Es necesario destacar la importancia que otorgaba el autor a este concepto, para entender cómo en una determinada geografía y momento histórico diferentes temáticas, métodos, discursos, prácticas, se articulan de manera tal que hacen surgir un

conocimiento “válido, científico o moral” y tienen la fuerza de modelar subjetividades. (Foucault, 1974/76, citado por Acuña; Pintos, 2009).

Para Foucault los discursos se hacen prácticas por la captura o pasaje de los individuos, a lo largo de su vida, por los dispositivos, produciendo formas de subjetividad. Los dispositivos constituirán a los sujetos inscribiendo en sus cuerpos un modo y una forma de ser, un conjunto de praxis, saberes, instituciones, cuyo objetivo consiste en gobernar, controlar, orientar, dar un sentido que se supone útil a los comportamientos, gestos y pensamientos de los individuos. (Foucault, 1977, citado por García Fanlo, 2001).

Lewkowicz (1998), al referirse a los dispositivos de producción de subjetividad va a decir:

Las prácticas que producen subjetividad son las prácticas que instauran unas operaciones en la carne humana. Por otra parte, las prácticas productoras de subjetividad, si se estandarizan, dan lugar a lo que llamamos dispositivos de producción de subjetividad. Las operaciones que instaura un dispositivo no son las que él mismo hace, son las que obliga a hacer a un individuo para permanecer, para ser habitante de ese dispositivo. La pura existencia del dispositivo exige una serie de operaciones subjetivas para habitarlo. No las induce, no las propagandiza, no las modeliza: con estar le basta para que uno se obligue a hacer algo para que su presencia allí tenga sentido. (Pág. 7)

Por otro lado, Deleuze, va a decir que a pesar de la fuerza y la capacidad que tiene los dispositivos para construir subjetividades, también hay líneas de fuga o fractura, que escapan de los esfuerzos de captura tanto de los saberes como del poder de un dispositivo. Es decir cuando un dispositivo se pone en marcha, cuando comienza a operar se producen dos tipos de efectos, los buscados y los imprevistos, también efectos

de resistencias, los que pueden dar lugar a la creación de algo diferente, impensado. (Deleuze, 1990, citado por Acuña; Pintos, 2009).

Un conjunto de significados compartidos: el imaginario social

Al referirnos a la producción de subjetividad, no podemos dejar de tener en cuenta los aportes de Castoriadis (1986, citado en Fernández, 2007), para este autor la construcción y transformación de la sociedad se da a partir de la creación e invención de nuevos sentidos creados colectivamente. Este pensador va a desarrollar la noción de Imaginario Social y va a diferenciar entre el Imaginario Social Instituyente y el Imaginario Social Instituido para establecer lo que en un momento social-histórico funciona como “lo que es” (Ser mujer-hombre, ser estudiante, ser ciudadano, ser excluido, normas, valores, etc.). En este sentido es que la subjetividad se va a ir armando en base a estos significados compartidos por una sociedad, dónde la dimensión subjetiva es una construcción singularizada de una subjetividad social. El Imaginario Social determina maneras de ser, de comportarse y de vincularnos con otros, apelando a las pasiones, estimulando y promoviendo los comportamientos y posicionamientos, con respecto a la agresión, el temor, el amor, y la seducción, que son las formas en que el deseo se anuda al poder.

El imaginario Social Efectivo o Instituido se vehiculiza a través de los mitos que fundan un colectivo, para Castoriadis no hay sociedad sin mito, “El mito es esencialmente el modo por el que la sociedad catectiza con significaciones el mundo y su propia vida en el mundo, un mundo y una vida que estarían de otra manera privados de sentidos” (Castoriadis, 1986, Pág. 71). Los mitos instituidos por la sociedad son cristalizaciones de significación que operan en lo implícito como organizadores de

sentido de la acción, el pensamiento y sentir de los sujetos que la conforman y sustentan aunque también orientan y legitiman las instituciones. Fernández (1992) nos dice al respecto:

Los mitos sociales en tanto cristalizaciones de sentido son una pieza clave en el sostenimiento del imaginario instituido, en tanto cada uno con sus narrativas particularizadas, pero muy enlazadas entre sí, da forma al universo de significaciones imaginarias que instituye cada institución [...] Por lo tanto, los mitos sociales (imaginario efectivo o instituido) constituyen piezas clave en el disciplinamiento y policiamiento de una sociedad. (Pág. 77)

Aquello que mantiene unida a una sociedad es la institución, es decir, el proceso por el cual la sociedad se instituye como totalidad; la institución de normas, valores y lenguaje no son sólo herramientas o procedimientos para hacer frente a las cosas, sino más bien son los instrumentos para hacer las cosas; en particular para hacer individuos (sujetos); se alude aquí a la construcción que a partir de la materia prima humana forma a los sujetos de una sociedad, a los hombres, mujeres, jóvenes y ancianos en quienes se fraguan tanto las instituciones como sus mecanismos de perpetuación. De conformidad con sus formas, la institución produce sujetos, quienes, a su vez, están en condiciones de reproducir la institución de la sociedad. (Castoriadis; 1988). De cualquier manera, tanto Castoriadis (1975/86) como Foucault (1974/76) y Deleuze (1990) al hablar de las líneas de fractura y de los efectos imprevistos en un dispositivo, dan cuenta de que siempre hay un resto, un exceso que no puede ser disciplinado por las prácticas de saber-poder, o que se escapa a lo socialmente instituido, para continuar con Castoriadis. Este resto, exceso, por donde se filtra el deseo, no tiene un destino prefijado, sino que

quedará abierto al devenir y a la capacidad de un colectivo de apropiarse para generar alguna transformación. En esta línea de trabajo, sostenemos que una sociedad no crea de una vez y para siempre sus significaciones sociales imaginarias, sino que estas están en permanente autoalteración, con lo cual abrimos paso al imaginario social radical, instituyente, que en una tensión constante con lo instituido, permite la irrupción de nuevos organizadores de sentido, utópicos a veces, al dar cuenta de la existencia de deseos que no se anudan al poder, de líneas de fractura de lo instituido, que permiten que en algún momento el colectivo “invente” nuevas significaciones organizadoras de la sociedad. (Castoriadis, 1975 citado por Fernández, 1989).

Las significaciones no son lo que los individuos se representan consciente o inconscientemente, ni lo que piensan. Son aquello por medio de lo cual y a partir de lo cual los individuos (Sujetos) son formados como individuos sociales con capacidad para participar en el hacer y en el representar–decir social, que pueden representar, activar y pensar de manera compatible y coherente con su mundo, incluso en conflicto. La subjetividad se va a ir armando en base a estos significados (Ilusiones, Mitos y Utopías) compartidos por una sociedad, dónde la dimensión subjetiva es una construcción singularizada de una subjetividad social. (Acuña, 2008)

Por lo tanto al pensar la noción de producción de subjetividad histórica en proceso de devenir y no como entidad sustancialista, instituyéndose en la diversidad de sus lazos sociales y no pensada desde categorías de un sujeto solipsista, no podemos desconocer el aporte de la noción de Imaginario Social, ni desentendernos de interrogar las prácticas que motorizan o de las que son tributarias, sea que sus articulaciones presenten armonías, discrepancias o ambas cuestiones a la vez. Imaginarios y prácticas son dos instancias que intervienen en los dispositivos históricos, institucionales, comunitarios, de producción de subjetividad. (Fernández, 2007).

Lo psíquico y lo social: la noción de vínculo y la importancia de las instituciones

Por otro lado pensamos la noción de subjetividad que articula lo psíquico y lo social de manera indisociable e irreductible. Consideramos la constitución subjetiva en y a través del vínculo con otro, otro que en un principio fuera necesario para la supervivencia del lactante, dejando la marca, la impronta, para que conforme vayan complejizándose los vínculos en la vida del sujeto, cada nuevo encuentro pueda ser una fuente potencial de transformación subjetiva. Es por ello que aludir a los procesos de subjetivación, implica necesariamente aludir a la constitución del psiquismo. La constitución psíquica, se da a partir de procesos invariantes que trascienden ciertos modelos sociales e históricos (Bleichmar, 1999). Estos procesos, como la pulsión, la sexualidad, la erogeneización del cuerpo, la identificación, son inherentes al proceso de psiquización humano. La particularidad de la constitución psíquica, es que debido a la prematuración del lactante, hace necesaria la presencia de un otro (Freud, 1895). Este otro va a ser quién, a través del afecto y las palabras, va a dar con las primeras representaciones que fundarán e inaugurarán el funcionamiento psíquico. Este otro inicial, que generalmente es la madre, constituida por el atravesamiento de su propio inconsciente y el imaginario social en el cual está inserta, va a transmitir contenidos a negar, a reprimir, marcas ideales, normas, valores, que van a dar cuenta de una subjetividad de época. Es por ello que pensamos la dimensión subjetiva en y por el vínculo con otro. La subjetividad es siempre inacabada, abierta al efecto que lo social, los otros, los vínculos puedan producir. Lo singular, lo vincular y lo social, se enhebran de modos peculiares en una trama que entreteje lo uno y lo múltiple de modo irrepetible para cada sujeto (Sternbach, 2003).

Sternbach (2003) al referirse a la noción de un psiquismo abierto a lo acontecimental, va a decir que las condiciones inaugurales de su constitución, no excluyen la producción de nuevas marcas a partir de los múltiples cruces que la vida posibilita, abarcando la subjetividad como un proceso de construcción inacabable que solo se detiene con la muerte, abriendo, de esta forma, camino a lo azaroso y a lo acontecimental. La autora va a sostener que la intersubjetividad impone al psiquismo una exigencia de trabajo que obliga a éste a un procesamiento, a realizar a partir del encuentro con la otredad del otro. Exigencia que posibilita al aparato psíquico recrearse y complejizarse de modo diferencial en cada una de sus situaciones vinculares.

Freud (1920), en “Psicología de las Masas y Análisis de Yo”, plantea que toda psicología en algún punto es psicología social, ya que en raras excepciones una ciencia como la nuestra puede prescindir de los vínculos del individuo con los otros. Al respecto el autor comenta:

En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo. (Pág. 67).

Más adelante en “El Malestar en la Cultura”, Freud (1927) va a desarrollar la idea, en la cual la agresividad en los seres humanos es el trasfondo de todos los vínculos, entre ellos los de amor y ternura. Para Freud el ser humano no es un ser manso, amable y dócil, sino todo lo contrario, en su dotación pulsional es lícito atribuirle una buena cuota de agresividad. En consecuencia el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión;

en este sentido: “La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones” (Freud, 1927, Pág. 109).

Es por eso que uno de los rasgos principales de la cultura, es poder regular los vínculos entre los seres humanos, de faltar o fallar ese intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del más fuerte y al sentido de sus intereses y disposiciones pulsionales. En esta línea de trabajo Kaës (1989) plantea que para vivir en sociedad y poder vincularnos, debemos entrar en el régimen de alianzas y pactos, cumpliendo un papel de suma importancia las instituciones que conforman dicha sociedad. La importancia del pensamiento de este autor, radica en sostener que las instituciones no son solamente una formación social y cultural compleja, sino que son parte misma de la vida psíquica, la institución:

Realiza funciones psíquicas múltiples para los sujetos singulares, en su estructura, su dinámica y su economía psíquica. Moviliza cargas y representaciones que contribuyen a la regulación endopsíquica y aseguran las bases de identificación del sujeto al conjunto social; constituye, como volveré, a destacarlo el trasfondo de la vida psíquica en el que pueden ser depositadas y contenidas algunas partes de la psique que escapan a la realidad psíquica. (Kaës; 1989; Pág. 25).

La vida psíquica no puede desarrollarse sino es sobre la base de la exigencia de un gran trabajo psíquico que impone a la misma psiquis, la necesidad de inscribirse en los vínculos intersubjetivos primarios y en los lazos sociales. (Kaës, 2007). El autor plantea que las alianzas inconscientes son formaciones psíquicas intersubjetivas construidas por los sujetos de un vínculo que implican una obligación y una sujeción. El

autor se va a referir fundamentalmente al Contrato Narcisista (Aulagnier, 1975) y al contrato de renuncia pulsional, (Freud; 1927). Al respecto Freud plantea que:

Puesto que la cultura impone a tantos sacrificios no sólo a la sexualidad, sino a la inclinación agresiva del ser humano, comprendemos mejor que los hombres difícilmente se sientan dichosos dentro de ella. (...) El hombre culto ha cambiado un trozo de posibilidad de dicha, por un trozo de seguridad. (Freud; 1927; Págs. 111-112)

Estas alianzas contienen las prohibiciones fundamentales, que son el cimiento de la materia psíquica que nos liga los unos a los otros, el espacio psíquico común, compartido por los miembros de una pareja, familia, grupo o institución. Preexisten al recién nacido y se anudan o se reanudan con todos los contemporáneos (Kaës, 2007).

Como el otro, la institución precede al individuo singular y lo introduce en el orden de la subjetividad, predisponiendo las estructuras de la simbolización: mediante la presentación de la ley, mediante la introducción al lenguaje articulado, mediante la disposición y los procedimientos de adquisición de los puntos de referencia identificatorios (Kaës, 1989). La institución es productora de subjetividad a través de la pertenencia. Pertenencia que construye al sujeto y los afirma en su red social. (Pintos, 2001). La inscripción de un sujeto en un conjunto, lo hace parte de una cadena donde es a un tiempo el eslabón, el servidor, el heredero y el beneficiario (Freud, 1914). Recibe a cambio de asegurar la continuidad de las generaciones y de la vida institucional, el sostén que le da su pertenencia a los mismos. (Aulagnier, 1976).

La producción de subjetividad en situaciones de vulnerabilidad social

Las nociones de Imaginario Social, Prácticas, Discursos, Constitución Psíquica, Vínculos e Instituciones son herramientas teóricas que nos permiten pensar a la producción de subjetividad como un campo de problemáticas. En esta línea de trabajo, analizaremos los modos de producción de subjetividad en situaciones de exclusión y vulnerabilidad social, partiendo de la idea de que en estas situaciones extremas, la subjetividad adquiere características particulares. Dichas características son el resultado de un proceso donde la ruptura o la desvinculación del sujeto con el orden institucional producen la desafiliación de las matrices vinculares.

Consideramos necesario aclarar que cuando hablamos de exclusión y vulnerabilidad no necesariamente nos referimos a la situación de pobreza, porque como sostiene Duschatzky (2002) la pobreza define estados de desposesión material y cultural que no necesariamente atacan los procesos de filiación, pertenencia, reconocimiento y horizontes o imaginarios futuros. De modo que no supone necesariamente la exclusión social ni la desafiliación. En cambio, la exclusión pone el acento en un estado en el que se encuentra el sujeto y refiere a estar por fuera del orden social. Para esta autora, nombrar la exclusión como un estado no supone referirse a sus condiciones productoras, al modo de constitución subjetiva, motivo por el cual utiliza el término expulsión para referirse a la relación entre el estado de exclusión y a las condiciones que lo hicieron posible, refiriéndose también a un modo de constitución de lo social.

Siguiendo a Aguiar (2011), entendemos a la exclusión social como un proceso histórico, dinámico, en perpetua construcción que mediante discursos, acciones y omisiones ubica a las personas o grupos en lugares cargados de significados que el

conjunto social rechaza y no asume como propios. Son “los otros”, motivo por el cual sostiene que la exclusión es un proceso de expulsión del orden humano.

En este sentido, tanto Duschatzky como Aguiar, sostienen que la expulsión social produce, en término de Puget (2002), un “des-existente”, o un nuda vida en términos de Agamben (1998). Un desaparecido de los escenarios públicos y de intercambio. El expulsado perdió visibilidad, nombre, palabra, es un “nuda vida” porque se trata de sujetos que han perdido su visibilidad en la vida pública, porque han entrado en el universo de la indiferencia, porque transitan por una sociedad que parece no esperar nada de ellos. (Duschatzky, 2002)

Agamben (1998) define la vida humana como aquellos modos, actos o procesos singulares del vivir que nunca son plenamente hechos, sino que son posibilidades y potencia. Un ser de potencia es un ser cuyas posibilidades son múltiples, es un ser indeterminado. Un ser de nuda vida es un ser al que se le han consumido sus potencias y posibilidades. El sujeto privado de realizar formas múltiples de vida (trabajador, mujer, hombre, hijo, padre, artista, estudiante) se convierte en nuda vida. (Duschatzky, 2002). Así, sobre los excluidos recae la codificación de inutilidad social planteada por Castel (1995), quedando descalificados en el plano cívico y político. Se trata de personas que se encuentran en el límite de la sobrevida, en estado de desamparo, de riesgo permanente, de amenaza, acosados por la fuerza de *seguridad*. Viven en un entorno inestable generador de condiciones de vulnerabilidad social. (Aguiar, 2011). Son rechazados por la sociedad, ubicados en este lugar de “inútiles”, no productivos, sin fines a la vida en sociedad. Como sostuvimos anteriormente, se ubica a estas personas en “(...) lugares cargados de significados que el conjunto social rechaza y no asume como propios” (Aguiar, 2011; Pág. 1). Esto lleva a una gradual disminución de los vínculos e intercambios con el resto de la sociedad restringiendo o negando el acceso a

espacios socialmente valorados. Dicho proceso alcanza un punto de ruptura en el cuál las *interacciones* quedan limitadas a aquellas que comparten su condición, interacciones basadas en la necesidad de la sobrevivencia que no permiten la conformación de un vínculo, generando esto que las relaciones se vuelvan inestables, efímeras y pasajeras.

De este modo el universo de significados, valores, bienes culturales y modelos, así como las experiencias de vida de que los sujetos disponen para la construcción de su subjetividad se ven empobrecidos y tienden a fijarlo en su condición de excluido. El proceso gradual y acumulativo que lleva a la exclusión puede atravesar más de una generación. Por lo tanto existen sujetos que nacen en ese tránsito hacia la exclusión con muy escasas posibilidades de revertir o aún detener ese proceso. Este proceso refiere a la noción de vulnerabilidad social. (Giorgi, 2003). “Van de la exclusión a la vulnerabilidad con riesgo de caer en la labilidad vincular”. (Aguar, 2011; Pág. 2).

La exclusión y la vulnerabilidad social: procesos de desafiliación

Castel (1995) habla de zonas de vulnerabilidad intermedia entre una zona de integración y una zona de exclusión. La zona de exclusión refiere a la marginalidad y desafiliación en la que se encuentran los más desfavorecidos, mientras que la zona de vulnerabilidad refiere a la precariedad laboral y a la fragilidad de soportes relacionales. Los procesos de desafiliación y sus zonas de vulnerabilidad son aquellos espacios donde el individuo comienza a ver socavadas las instancias que le permitirán constituirse como sujeto, y que producen que el sujeto reduzca su registro de interacciones y relaciones institucionales. La exclusión y la vulnerabilidad no son estados estáticos, pues un individuo puede localizarse en distintas zonas de vulnerabilidad. Esta posición le permite al autor realizar una crítica al término de exclusión social y sugerir la utilización

del concepto de “desafiliación”: proceso mediante el cual un individuo se encuentra disociado de las redes sociales. La decisión para utilizar el término *desafiliación* radica en que el concepto de exclusión parecería reflejar, para Castel, una inmovilidad y designar en cierta medida un estado o diversos estados de privación, y con ello soslayarse los procesos que generan esos estados. (Botello, 2008).

Tal como sostiene Castel (1995), el desafiliado es aquel que pierde todo contacto con los elementos que constituyen un entramado social. El primer punto de desafiliación es la pérdida de trabajo y con él la adscripción a distintas instituciones: salud, educación, incluso a la conformación de núcleos afectivos o de redes familiares. En nuestra cultura el trabajo y la educación han sido factores de integración social: articuladores entre el ámbito privado y el público, sostén de vínculos e intercambios sociales, incluyen al sujeto en un proyecto colectivo que opera como sostén posibilitador de los proyectos personales. (Giorgi, 2003). El trabajo como un derecho y canal privilegiado de movilidad e integración social que contribuye a la dignidad de los ciudadanos en tanto soporte fundamental de inscripción en la estructura social.

Cuando desaparece el trabajo, se produce la incertidumbre económica, inestabilidad familiar y el debilitamiento en las estructuras comunitarias. Es decir, la vulnerabilidad social. La fragmentación en el mundo del trabajo impacta sobre la *cuestión social*, entendida como una incertidumbre, inquietud o enigma de una sociedad acerca de sus aptitudes para mantener la cohesión entre sus miembros. Es el desafío que interroga la capacidad de una sociedad para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia. (Castel, 1995). Para este autor, la cohesión social, la integración de la sociedad es el resultado de la conjugación de estos dos ejes: el trabajo y los soportes relacionales. Esta propuesta pone el acento en el carácter relacional, en la prioridad que tiene el lazo social: un vínculo entre categorías e instituciones. La división

del trabajo es lo que confiere “utilidad social”, lo que implica ocupar un lugar en el mercado laboral, tener un trabajo que confiera derechos, ocupar una posición en la sociedad, un lugar. (Espíndola, 2010).

El problema que desafía el logro de la integración social reside precisamente en un déficit de pertenencia, en *los inútiles para el mundo*, los vulnerables. El *desafiliado* viene a plasmar la manifestación más visible del proceso de pérdida del estatuto laboral colectivo que dotara al individuo de pertenencia social en tanto miembro de la sociedad, viéndose debilitarse los vínculos que los ligaran a las instituciones que les confirieron un lugar de utilidad social. Es a través de esta noción que se torna más clara la mirada sobre la integración social de Castel: no se trata únicamente de una ruptura con el salariado, sino que se desencadena una ruptura del lazo social entendida como pérdida de pertenencia social (Espíndola, 2010). De modo que ataca también la cuestión identitaria: “la crisis del lazo social se manifiesta también en la pérdida de sentido y en la limitación de la importancia de la visión de futuro como expectativa de mejora colectiva de la existencia social”, (Castel, 1997 citado en Espíndola, 2010, Pág. 25). Por su parte, Puget (2002) sostiene que la pérdida súbita de una pertenencia social en la red laboral destituye al trabajador de su pertenencia y lo define como un no-existente, ubicándolo bruscamente en un afuera. No-sujeto que, al quedar excluido del circuito laboral, pasa a ocupar un lugar en el extra-muro. De allí saldrá como mendigo o delincuente o manifestante o con algún otro ropaje; el no-sujeto como tal es invisible. El brusco pasaje de existente a des-existente se fue incorporando como representación a partir de las políticas neoliberales según las cuales un sujeto se torna objeto dentro de la economía de mercado, fuera de las leyes que sostienen la cualidad de sujeto y por ende la subjetividad social. Se torna un sujeto-objeto que anda errante por el mundo sin ser visto. En esta condición, el estado de perplejidad puede llegar a anular el pensamiento

pragmático. En tanto logre recuperarlo, el des-existente podrá implementar acciones que lo ubiquen en un nuevo contexto subjetivante.

Las prácticas des-subjetivantes pueden resumirse en pocas palabras: destitución de la singularidad, aberrante maltrato, humillación, pérdida de la identidad. Sternbach (2002) sostiene que la desocupación desmantela el proyecto identificador y los cimientos mismos de la identidad en su anclaje social. No hay ocupación, no se ocupa un lugar, no existe ese lugar a ser ocupado. Produce desvalimiento social, desesperación, sensación de inestabilidad y vulnerabilidad, desamparo, pánico y violencia. Todo esto, sostiene la autora, en un contexto ideológico basado en la lógica del consumo como propuesta de bienestar individual y colectivo. Paradoja, dice, quienes no encuentran un lugar como productores son apelados como consumidores. Y así van quedando por fuera del orden social, pero dentro del sistema capitalista. No dejan de ser consumidores. En este sentido Castel (1995) sostiene: "(...) quien no puede pagar de otro modo, tiene que pagar continuamente con su persona y este es un ejercicio agotador. Los fragmentos de una biografía quebrada constituyen la única moneda de cambio para acceder a un derecho" (Pág. 447).

Las subjetividades en la lógica del sistema capitalista

Al pensar la Producción de Subjetividad como un proceso abierto a lo acontecimental, que implica un trabajo consigo mismo y con los otros en el vínculo y que reconoce la imbricación de variables sociales e históricas en su producción, no podemos dejar de mencionar, aunque sea brevemente, que en la actualidad estamos atravesados por la lógica del consumo marcada por el sistema capitalista. La instalación de esta lógica de consumo supuso la emergencia de un modo de socialización y de

individuación nuevos que rompen con los modos imperantes instituidos en los siglos XVII y XVIII y que da origen a lo que Bornhauser (2006) denomina como nuevos modos de subjetivación. El consumo posibilita y condiciona un modo particular de constitución de la subjetividad, ya que se trata de un proceso sociocultural del que todos participamos en mayor o menor medida.

A principios del siglo XX comienza a generarse el fenómeno del capitalismo, tal cual lo conocemos hoy, un sistema económico y social cuya finalidad primaria es generar más capital, por lo que se hace necesaria la reproducción automática de bienes y productos, junto con el consumo por parte de los sujetos. Si antes el sistema económico producía bienes para satisfacer necesidades básicas, lo que ahora produce son necesidades para consumir bienes. Se requiere que los sujetos consuman cada vez más, para aumentar el capital porque lo que importa es el valor de cambio, no el valor de uso de los objetos. Y así adquiere un valor central la noción de mercancía: un producto que se comercia, todo aquello que se puede vender o comprar. Actualmente, todo es mercancía. Los bienes de consumo, la educación, la salud, el arte, la cultura, nuestro propio cuerpo y nuestra biografía. Otra característica fundamental del sistema capitalista es la manipulación del deseo mediante la publicidad y los medios de comunicación con el claro fin de generar necesidades de consumo y demandas. Se tergiversan las bondades de tal o cual objeto como indispensables para nuestra existencia, (Regnasco, 2012). Y así como algunos podrán consumir, hay otros que no podrán hacerlo, instalando la lógica del sistema capitalista de consumo una dinámica de inclusión-exclusión, ya que pertenecen quienes acceden a las propuestas que el mismo sistema invierte y quedan afuera quienes no pueden acceder a ellas, dando como resultado la marginación y el aislamiento. Ana María Fernández (2007) sostiene que nada de lo social es homogéneo. Mientras en algunos sectores sociales, el vaciamiento de sentido tiene que ser llenado

desde prácticas consumistas, en otros la ferocidad capitalista que los expulsa hacia el hambre y la desocupación, hacen que la pelea cotidiana por la supervivencia constituye un pleno de sentido, el único posible (Gremes; 2010). Y así también es como la violencia comienza a ser parte de la modalidad vincular. Al respecto, Freud sostiene:

Una cultura que no ha podido evitar que la satisfacción de cierto número de sus miembros tenga por premisa la opresión de los otros, acaso de la mayoría, es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad hacia esa cultura, que ellos posibilitan mediante su trabajo, pero de cuyos bienes participan en medida sumamente escasa. (Freud; 1927; Pág. 12).

Otra característica del modelo actual es que todo es efímero y descartable, desde los electrodomésticos hasta las personas y los vínculos; la fabricación constante de nuevas “necesidades”, y la obsolescencia incorporada, desde la construcción, a la mayor parte de los productos que hoy se fabrican. (Castoriadis; 1990). En la constitución de la subjetividad de sujetos en situación de exclusión y vulnerabilidad social, los vínculos claramente se vuelven efímeros, se tornan inestables, habiendo una dificultad de reconocer el lugar del otro, lo cual puede asociarse a la ausencia de registro, siguiendo a Giorgi, de la experiencia de ser considerado por otros. “Damos al otro el lugar que los otros nos dieron a nosotros en las primeras experiencias constitutivas de nuestra personalidad”. (Giorgi, 2003 Pág. 7). La violencia que dijimos comienza a ser parte de la modalidad vincular, irrumpe en los vínculos como expresión desplazada de la violencia introyectada de la violencia social.

En el modelo capitalista, el tiempo también se vuelve efímero caracterizado por la inmediatez y la aceleración, como algo evanescente que no permite registrarlo en su

aquí y ahora. (Gremes, 2010). Hay una ausencia de proyectos (futuro) y de tradición (pasado), en relación a la subjetividad en situaciones de exclusión. No hay futurización ni referencia al pasado, solo un presentismo que lleva a la vivencia del tiempo como algo que no pasa, como algo que está detenido. La biografía entonces también se vuelve fragmentada, los sucesos no se convierten en experiencia, entendiendo a la experiencia como la práctica prolongada que proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo. (Georgi, 2003). Agamben (2007) sostiene que es la incapacidad para traducirse en experiencia lo que vuelve hoy insoportable la cotidianeidad. Estamos frente a un sujeto con vivencias de vacío, con déficit en sus enunciados identificatorios, que no puede consolidar un proyecto y que construye una identidad protésica. Es lo que Georgi denomina pseudoidentidades. Refiere a que los sujetos en situación de exclusión y vulnerabilidad adoptan pseudoidentidades basadas en la imitación de modelos mediáticos que no corresponden a su realidad, vacíos identitarios que explican la escasa autonomía en los comportamientos, la dificultad para sostener posturas propias diferenciadas del grupo de pertenencia. Vivencias de vacío y de insignificancia, de *sin sentido*. Gremes (2010), siguiendo a Castoriadis, sostiene que avanza la insignificancia tomada, refiriéndose a la sociedad, por la significación imaginaria del capitalismo. Esto produce un sujeto con escasas posibilidades de advenir sujeto autónomo, sin acercamiento a una real comprensión de lo que ocurre en su contexto y del impacto que causa en su subjetividad. Por un lado, los procesos sociales y políticos son percibidos por los sujetos excluidos como algo ajeno a su mundo, no despertando interés en la medida en que se considera que su vida no va a cambiar en función de dichos procesos. Percepción que se asocia a la resistencia al cambio, el refugio en la rutina cotidiana, aun cuando es fuente de frustración, carencia y aun cuando se vuelve insoportable. Pero no hay posibilidad de acción, el pensamiento pragmático esta coartado. La actitud de

pasividad y resignación caracteriza a estos sectores, lo cual lleva a que no puedan constituirse como sujetos de su propio destino, como sujetos capaces de generar cambios en su entorno y en su porvenir, conjuntamente con la no posibilidad de consolidar proyectos de vida, desconociendo sus propias potencialidades. Las personas en situación de exclusión poseen baja autoestima, pensándolo como una introyección de la imagen desvalorizada que les devuelve la sociedad al ubicarlos en el lugar de excluido, de excedente. En esta sociedad de consumo donde prima la individualidad, los valores hedonistas y la realización personal en base a las propias iniciativas y actitudes personales, el fracaso queda planteado como una responsabilidad personal. (Giorgi, 2003).

A los excluidos también se los considera como los únicos responsables de su propia desgracia (...). Sobre los excluidos recae la codificación de inutilidad social y muchas veces el excluido se hace carne de esa inutilidad asignada y se le hace difícil hablar en nombre propio. (Aguiar; 2011; Pág.4).

La capacidad simbólica esta perturbada, hay una falla en la representación que da lugar al despliegue de impulsividad, conductas adictivas y depositación en el cuerpo de lo que no fue representado por el psiquismo (Gremes, 2010). La impulsividad, la tendencia al acto es otra de las características de la subjetividad del excluido. Hay una ausencia de mediación de la palabra entre el afecto y el acto, por lo cual el afecto es expresado por medio de la acción, cuestión que puede llevar a realizar conductas transgresoras, como respuesta también a una sociedad que los agrede. (Giorgi, 2003).

Una sociedad que los agrede desde la indiferencia. Si hay excluidos es porque hay un sistema que los genera y una sociedad que lo permite y lo mantiene. “Una economía basada en la satisfacción de preferencias es necesariamente una economía de la exclusión. Se cae así en un profundo trastocamiento de la sensibilidad solidaria por la competencia individualista”. (Rebellato, 1996; Pág. 28)

Un lugar en la sociedad: la banalización de la vulnerabilidad social

Los excluidos son “los otros”, son lo que la sociedad no reconoce como propio, lo que no quieren ver, sumado a un discurso social mediatizado constantemente que los expone solo desde la miseria. Los excluidos: el mendigo, el vagabundo, el que vive en la calle, el limpia vidrios, el cartonero, el villero, el chorro. Opera un proceso de estigmatización constante donde todas estas cuestiones se entremezclan, y entonces aquel que nos pide una moneda en la calle seguramente también es un delincuente que vive en una villa y que como tal es peligroso, generando esto un proceso continuo de exclusión por parte de quienes tuvieron otra suerte. Desde el discurso se los masifica, son todos vagos, todos borrachos, todos delincuentes. Es excluido de los espacios sociales e institucionales a la vez que es perseguido por periodistas y por policías. Arendt (1993, citado en Aguiar 2011) sostiene que “a los excluidos nadie los ve, nadie los oye, solo aparecen en el escándalo del motín o en el acto antisocial, cuando la miseria material arrastra a la miseria psíquica e irrumpe desorganizando nuestro mundo de buenas costumbres” (Pág. 3).

Sobre la exclusión hay un discurso de desaparición que se une al deseo *inmunitario* de la mayoría de la población de no ser implicada en su situación. La sociedad no se considera la generadora de los conflictos sociales, sino la víctima, por lo

que debe protegerse de la amenaza que significa para ella el delincuente, el vagabundo, considerados enemigos internos. (Álvarez, 1992). Son los restos a eliminar, lo que la sociedad no quiere ver. Un proceso de segregación que produce el debilitamiento de los enmarcamientos colectivos. Aguiar sostiene que no solo se los considera los causantes no solo de su propia desgracia, sino de todos los males. La causa de la *inseguridad*, constituida como la gran mercancía de la sociedad, es uno de los núcleos de violencia social y de marginación, que da lugar a la desconfianza generalizada, produciendo como resultado un mayor aislamiento social. La inseguridad genera una subjetividad en alerta, el sujeto se siente amenazado. Esto promueve la operatoria defensiva de *no ver*, o a *mí no me va a pasar* y la naturalización de la violencia social que lleva a estados de insensibilidad y no-percepción. (Aguiar, 2013). Se ejerce violencia cuando se desconoce al otro en su singularidad. Se banaliza el malestar, se insensibiliza frente al sufrimiento, no hay reconocimiento del otro (Gremes, 2010). No se reconoce que quienes son marcados como causantes de la inseguridad, son también víctimas de ella, porque claramente están posicionados en un lugar de extrema inseguridad cotidiana. Como sostiene Pérez Fernández (2006), es una inseguridad en cuanto al presente y al futuro, que se va inscribiendo en el psiquismo, produciendo subjetividad y estableciendo modalidades vinculares y afectivas y una determinada representación del mundo. Se los considera peligrosos, cuando están en peligro.

El autor arriba mencionado considera que asistimos a la constitución de una nueva subjetividad de la exclusión, el miedo y segregación de lo diferente. “La sociedad desea que no estén a la vista por temor a su invasión y no por una genuina preocupación acerca de ellos y menos aún es capaz de pensarlos como portadores de valores, otros, ricos”. (Aguiar, 2011; Pág. 4).

El imaginario social en torno a la figura del excluido supone un estado carencial y se le desconoce otro capital; nuestra ceguera los visualiza solamente “carentes”, y así se ejerce sobre ellos una doble exclusión. Este imaginario se hace efectivo a través de las prácticas asistenciales, asimismo se piensa el excluido solo como carenciado, excluidos de ser sujetos de deseo.

Habitando las condiciones de expulsión social: prácticas de subjetividad

Coincidimos con Aguiar (2011) y compartimos el interés de no solo ver en la exclusión las carencias reales y simbólicas sino también pensarla como un espacio de producción cultural con sus valores, mitos, ídolos y formas de resolución de conflictos. Producción que no sólo surge de su estado de carencia, sino que es el resultado de su capacidad creativa donde emergen los múltiples sincretismos que su misma situación les posibilita. (Miguez, D. y Semán, P., 2006). En este sentido, Duschatzky (2002), haciendo referencia a las formas de habitar la condición de expulsión social, habla de prácticas de subjetividad, es decir, operaciones que pone en juego el sujeto en esa situación de expulsión. Las prácticas de subjetividad permiten rastrear las operaciones que despliegan los sujetos en situaciones límite y las simbolizaciones producidas. “(...) entre cumbias, santos, sabiduría de piquetes, pibes chorros, se van gestando producciones culturales propias (...)” (Aguiar, 2011; Pág. 2). Valores, mitos, solidaridades y lealtades en asentamientos o villas. Tienen otros códigos, otro lenguaje, que no entra en los casilleros educativos de las estructuras escolares que los expulsan al no contemplar sus diferencias (Aguiar, 2011). Se producen modos inéditos de recomposición identitaria y del lazo social. Por una parte hay situaciones de disolución, mientras que al mismo tiempo hay reagrupamientos identificatorios con instalación de

lazos. Sternbach (2002) afirma que el otro aparece, según los contextos, como un enemigo peligroso o con un prójimo con quien entablar un lazo solidario. Hay un intento de establecer nuevos contextos subjetivantes, aunque sus producciones culturales sean consideradas como ajenas a la sociedad, si es que son consideradas, y aunque las interacciones queden limitadas a quienes comparten la situación de excluido o vulnerable.

Por otro lado, es necesario resaltar que existen muchas organizaciones, dispositivos, instituciones y programas destinados al trabajo con personas en situación de vulnerabilidad social. En Mar del Plata, “El Campito” es un programa para personas que se encuentran en situación de calle. Partimos de considerar que dentro de los sectores en condición de vulnerabilidad social, aquellos que viven en situación de calle se encuentran en un estado de extrema vulnerabilidad, con mayor riesgo a nivel social, físico y vital y a nivel psicológico.

Ciertamente la crisis económica y social del año 2001 en Argentina configuró un punto inflexión, un punto de quiebre cuya característica principal fue la caída y el cambio en las funciones del Estado-Nación como meta-institución dadora de sentido; este desfondamiento institucional, está relacionado con el vaciamiento de los sentidos que la modernidad otorgó a las instituciones, es por ello que muchas de estas quedaron a la deriva, fragmentadas, sin poder cumplir con sus funciones. En palabras de Kaës (1989), la crisis de la modernidad sobreviene cuando las instituciones no cumplen su función principal de otorgar continuidad y regulación a los sujetos; justamente la crisis del 2001, con el cambio en la función estatal y el vaciamiento institucional, provocó un aumento del desempleo, la precarización laboral, segmentación social, pobreza, cuyas consecuencias, entre otras, fue el aumento de familias viviendo en situación de calle. Pérez Fernández (2006) dice que la situación de vivir en calle marca un universo de

códigos y estrategias, así como la necesidad de producir mecanismos de defensa psíquicos para sobrevivir en esas condiciones. Uno de esos mecanismos, como señalábamos anteriormente, es la adaptación pasiva que permite transitar la situación de calle con menos conflicto y sufrimiento, a la vez que dificulta las relaciones afectivas y vinculares. Estos mecanismos psíquicos son continuamente alimentados por la exclusión a la que estas personas se ven sometidas por parte de otros sectores de la sociedad. Y sostiene el autor que estos mecanismos de funcionamiento psíquico no corresponden a procesos inherentes del ser humano, sino que se trata de construcciones de un determinado momento socio-histórico, donde las instituciones que intervienen en este fenómeno son parte del mismo.

Mecanismos de funcionamiento psíquico en términos de Pérez Fernández (2006), características de la subjetividad de los excluidos en términos de Giorgi (2003), prácticas de subjetividad en términos de Duschatzky (2002), hacen referencia a los modos en que los sujetos en situación de exclusión y vulnerabilidad intentar enfrentar sus condiciones de vida y establecer diferentes contextos subjetivantes que les permitan sobrevivir. Duschatzky sostiene que la pregunta por las prácticas de subjetividad, por los modos en que los sujetos se construyen en particulares circunstancias es también la pregunta por la eficacia de dispositivos en la que los sujetos pasan gran parte de sus vidas.

Metodología

La presente investigación pretende llevar a cabo un estudio de tipo exploratorio-descriptivo referido a la exploración de los posibles efectos o modificaciones en la subjetividad, que el atravesamiento por situaciones de extrema vulnerabilidad, como la situación de calle, pudieran provocar. La consecución de ello se buscó por medio de la administración de entrevistas de relatos de vida. El diseño metodológico incluye también observaciones naturalísticas de la interacción espontánea de los sujetos entrevistados en diferentes actividades dentro de la institución.

Relatos de Vida

Las entrevistas con la modalidad relatos de vida, se fundamentan en la capacidad de dar cuenta de la subjetividad del protagonista de la historia, permitiendo el rescate de la palabra del sujeto contenida en su punto de vista y desde una óptica delimitada socialmente. (Piña; 1988). La particularidad de esta metodología, reside en la importancia y el protagonismo de la palabra del entrevistado. Si bien utilizamos una suerte de guía sobre aquellas áreas de la vida del sujeto que nos resulta importante indagar, el eje del relato estuvo organizado por el discurso del entrevistado. En este punto queremos destacar, como particularidad de la metodología implementada, que el relato de vida, no busca indagar de manera exhaustiva y ordenada la vida del sujeto, atendiendo a la “verdad” de lo que el mismo cuenta, como fiel reflejo de su vida; si no que el interés versa en el singular punto de vista del sujeto en relación a los hitos más importantes de su vida. En este sentido, y en lo atinente a los criterios de verdad, el interés gira en torno a lo que el sujeto relata y el lugar que aquello ocupa en la subjetividad del entrevistado.

La utilización, o esta metodología como recurso en sí mismo, resulta adecuada para los fines de lo que se desea indagar, ya que nos aporta una perspectiva situada de la vida del sujeto, dando cuenta del atravesamiento social, histórico, económico, institucional y vincular de las subjetividades de una determinada época, desde una perspectiva singular. Asimismo y por el hecho de trabajar con sujetos en condiciones de vulnerabilidad, el relato de vida permite la apropiación subjetiva de la historia singular, movilizándolo, por la resignificación de su vida, el poder de transformarse. En este sentido, el relato no es estático, y lo dicho no está dicho de una vez y para siempre. El relato está vivo, justamente porque da cuenta de un sujeto también vivo, en constante cambio y transformación. (Cornejo; Mendoza y Rojas; 2008)

El diseño metodológico incluye además de las entrevistas con la modalidad relato de vida, observaciones con su consiguiente registro llevadas a cabo en diversas visitas al Hogar “El Campito”. Para la consecución de ello, se tomó nota tanto de lo observado-escuchado, como de las propias percepciones y afectaciones durante todo el relevamiento de los datos de investigación. En este sentido, tanto la observación como el relato de vida nos permitieron como investigadores, trabajar con las resonancias personales que tuvieron en nosotros, las palabras y actitudes de los sujetos entrevistados, (Legrand, M; 1999). El relato de vida siempre es dirigido a alguien y construido en función de lo que dicha situación de enunciación representa, de las interacciones que en ella tienen lugar y de los efectos que el narrador espera producir sobre sus destinatarios. Por lo antedicho, resulta esencial analizar el papel del entrevistador a través de su escucha y sus intervenciones, como también aspectos que forman parte de la dinámica transferencial (Legrand, 1999). Se establece una relación sujeto-sujeto, que representa la dimensión epistemológica del enfoque biográfico y,

también, se traduce en implicancias metodológicas; (Cornejo; Mendoza y Rojas; 2008). Retomaremos este último punto en otro apartado.

Características de la muestra

La muestra estuvo compuesta por sujetos de ambos sexos de edad entre (35) y (65) años, que residen en la institución Hogar “El Campito”, dependiente de la Municipalidad de General Pueyrredón. Por lo tanto el criterio de inclusión fue que los sujetos hayan atravesado o vivenciado situaciones de extrema vulnerabilidad. El punto de corte en la toma de las entrevistas, estuvo sujeto al criterio de saturación, es decir cuando la adición de nuevas entrevistas, no modificó sustantivamente los resultados obtenidos previamente. (López; Blanco; Scandroglio; Rasskin Gutman; 2010).

Análisis de Datos

Se realizó un análisis cualitativo que contempló para la reducción de los datos: la separación de unidades de análisis siguiendo un criterio temático y procesos de clasificación y categorización inductiva a partir de los propios datos. Posteriormente se efectuó la interpretación de los datos.

Fuente de datos empleada

La investigación se basó en dos tipos de fuentes a emplear: 1) Fuentes secundarias: Análisis del corpus bibliográfico sobre la temática en particular. 2) Fuentes primarias: Respuestas a las entrevistas en formato Relato de Vida y Observaciones Naturalísticas en la Institución “El Campito”.

Análisis de Datos

La toma de entrevistas en la modalidad relato de vida nos ha permitido conocer la historia de los sujetos en distintas facetas de sus vidas; entre ellas destacamos los modos de vincularse con sus semejantes, la composición y valoración de su red de vínculos, los modos de vincularse con las instituciones, la autopercepción de sus potencialidades y las significaciones sobre la situación de vulnerabilidad. Estos ejes como parte de nuestros objetivos específicos de investigación, dan cuenta de ciertos “componentes” o “dimensiones” necesarias en el análisis de la producción de subjetividades. Si bien a los fines metodológicos, hemos de separar y diferenciar cada eje, en la realidad las subjetividades se entraman de manera única e indisociable dando cuenta de la singularidad de cada sujeto; de esta manera resaltamos la complejidad y multidimensionalidad, así como de los distintos plegamientos que puede tomar nuestro objeto de estudio. Dicha complejidad hace a la dificultad de un abordaje único y simple y es por ello que intentaremos retomar cada eje en interdependencia con el resto, con la finalidad de analizar los posibles efectos o modificaciones en las subjetividades, que provocaría el atravesamiento por situaciones de extrema vulnerabilidad.

Modo de Vincularse con las Instituciones

Familia como primera institución

La mayor parte de los sujetos entrevistados hace referencia a sus familias, desde un discurso que acentúa la violencia y la falta de afecto por parte de los otros significativos, dando un lugar protagónico al desapuntalamiento y al desamparo en la primera infancia. *“Tanta violencia que había, no pudo aguantar (...) Tuvo que irse (la madre), no aguantó. Con problemas físicos, de todo (...) Lo veo en la televisión y ya te digo, eso nos pasó a nosotros. Mujeres golpeadas, chicos que quedan en la calle, no tienen para comer”*.

“Quede medio con una discapacidad mental leve más el alcohol que tomo mi mama en el embarazo y fumaba mucho. Ya de chico, desastre. Fue un desastre ver como crecía, que me apestaba, que me pasaba esto, lo otro, no crecía normal, como un chico normal saludable. Y mi vieja pucho, pucho, pucho al lado. No me curaba más”.

“Y bueno mi padre era alcohólico, asique con mi padre la pasamos bastante mal. Hasta te digo que una noche nos teníamos que ir a dormir a la casa de un vecino, y bueno siempre a la espera de ver como venía, o yo irlo a buscar al bar de la esquina a ver cuándo iba a volver, todas cosas así que... la pasamos mal”.

El apuntalamiento intersubjetivo del psiquismo planteado por Kaës (1991, 1992) constituye una modalidad funcional de la familia a lo largo de los distintos momentos del ciclo vital. El psiquismo en flujo constante, requiere anclajes y puntos de estabilidad, es por ello que la familia configura uno de los grupos de pertenencia que puede constituirse en especial apoyatura del psiquismo y sostener la coherencia de las identificaciones. Este entramado vincular irá dando cuenta de múltiples y complejos

trabajos psíquicos, siempre conectados al contener y regular, y siempre de algún modo fallidos (Rojas; 2010). En el caso de los sujetos entrevistados vemos como el desalentamiento inicial va dando lugar a la figura del desamparo, en donde la función de sostén inicial de la familia se ve imposibilitado por la ausencia real o simbólica de aquellos que ofician de padres. En este sentido pensamos a la familia como la primera institución que atraviesa y constituye a todo sujeto, institución que precede al individuo singular y lo introduce en el orden de la subjetividad, predisponiendo las estructuras de la simbolización: mediante la presentación de la ley, mediante la introducción al lenguaje articulado, mediante la disposición y los procedimientos de adquisición de los puntos de referencia identificatorios (Kaës, 1989).

Algunos de los sujetos hacen referencia en su discurso al pasaje desde la violencia y las carencias de afecto a la indiferencia, hecho que acentúa el desamparo y la falta de sostén del entorno familiar: *“Mi madre se tuvo que ir de la casa. Se llevó un par de hermanos que tenía, se los llevo. Pero después también no podía con mis hermanos, con mi abuela. Mi abuela era muy humilde, una pobre jubilada. No podía mantener a todos. No había trabajo, no había trabajo, no sé cómo”*.

“No había el calor de un hogar con todo el entorno, me tenían apartado, siempre me tuvieron apartado porque les hice gastar plata. Siempre me decían, me echaban en cara viste”.

Resulta importante mencionar que una de las principales funciones de la familia está relacionada con la posibilidad de sostener, apuntalar y brindar afecto al sujeto en la medida de lo posible. En este punto la vivencia de indiferencia favorece un proceso de desencuentro fundamental en el predominio del desconocimiento del sujeto respecto a sí mismo. ”Como efecto de ese encuentro traumático, el niño sólo puede reproducir, no lo

que le faltó, sino la intensidad desconcertante de lo que le fue ofrecido. Al no ser percibido en la diferencia de su existencia, queda prisionero de un registro mudo, pero con fuerza de matriz”, (Gallo de Moraes, M. y Kother Macedo, M; 2012, Pág, 56). Es así que el interjuego entre la violencia y la indiferencia (que a nuestro entender configura una forma más de violencia), no hace más que sentar las bases de una fragilidad y vulnerabilidad a nivel psíquico y social, que luego será muy difícil revertir. En esta línea, la indiferencia de los otros significativos, podría estar dificultando la constitución del narcisismo del sujeto como instancia estructuradora del psiquismo.

Continuando con esta argumentación, vemos como la vulnerabilidad inicial y el vacío narcisista que esta situación podría provocar, van dejando sus huellas en la vida adulta del sujeto: *“muchas veces uno ni se quiere, porque al hacer esas cosas no te querés a vos mismo. ¿Qué vas a querer a los demás si te estas arruinando vos?”*.

“Así, ese fue el ambiente que yo me fui criando, no sabía lo que era el respeto por el otro, después fui aprendiendo, pero para mí, era yo y era yo (...) Si, me crie sin cariño, soy muy desamorado. (...) no soy demostrativo”.

En este sentido, podríamos pensar que las bases narcisistas del sujeto (Yo ideal) se afirman gracias a la presencia de alguien capaz de ver al sujeto de esa manera, lo que hace surgir en éste el deseo de serlo para aquél. (Bleichmar; 1995). Y con ello se va instalando el sujeto una forma de valorar al otro y valorarse a sí mismo, como alguien que puede ser querido. Las huellas mnémicas de las experiencias tempranas de indiferencia y falta de afecto, quedan integrando las representaciones del sujeto (yo), dando lugar a experiencias de desestima y/o vacío. Es así que las experiencias tempranas de indiferencia de los otros significativos, estarían dificultando la capacidad del sujeto de valorarse y valorar a los demás, desde el lugar del afecto y reconocimiento.

Quisiéramos retomar en particular las palabras de algunos sujetos entrevistados, los cuales sostienen de manera manifiesta, haber legado de sus padres ciertas conductas que en general son perjudiciales para sus vidas: *“Todos los días lo que ganaba me lo morfabo todo en porquerías, no era vida eso. Encima no comía nada sano y entre estudio y estudio empezaron a saltar (...) no le di bolilla, mi vieja me decía ““Estas que reventas hijo de puta””, me cagaba a pedos (...) Mi viejo murió infartado, no me daba bolilla. Tenía picos de azúcar alto, presión alta (...) nunca se hizo tratar”*.

“Mi padre murió de cirrosis, era alcohólico (...) yo estaba alcoholizado las 24 horas. Y acá cuando llegué no había tomado y andaba en pedo así que imagínate si no tenía alcohol encima (...) cuando fui al médico me dijo ““te salió mal el estudio””, lo primero que pensé es que tenía hecho bosta el hígado”.

“(...) yo ya vengo de mi padre digamos, era alcohólico él. Ya un día en el hospital me dijeron ““vos tenés sangre alcohólica”” (...)”.

Es interesante pensar como de un modo u otro, consciente o inconscientemente, los sujetos han tomado y hecho propio, algunos rasgos y características de miembros de sus familias. Podríamos sostener que este acto psíquico que reconocemos como una suerte de identificación al rasgo (Freud; 1921), reviste gran importancia en la constitución del psiquismo. Sin embargo es necesario mencionar que esta suerte de herencia psíquica legada por los padres, tiene cierto carácter sintomático y realza conductas destructivas y de riesgo para los sujetos mismos. En el relato de nuestros entrevistados, vemos como se entretajan las situaciones traumáticas de abandono, indiferencia, desamor y las posteriores “actuaciones del dolor”, por la imposibilidad de significarlo. Padecimientos actuales que reactualizan experiencias infantiles de violencia, maltratos, abandonos; marcas identificatorias que las circunstancias

posteriores de vida no les ha sido posible modificar y que pareciera “condenarlos “a una mortífera repetición. En otra posible línea de análisis, podríamos mencionar aquellas cuestiones silenciadas que se transmiten entre generaciones y que muchas veces tienen que ver con cuestiones sintomáticas, significantes congelados, enigmáticos, brutos, sobre los cuales no se ha operado un trabajo de simbolización; (Kaës; 1998). Así, las angustias primarias, los terrores sin nombre, los estados de depresión profunda y de pánico, se transmiten como agujeros, vacíos, marcas de lo no tramitado. Tienen el efecto de golpes sorpresivos, frente a los que no hay alerta posible. Es decir, este tipo de transmisión crea en las generaciones siguientes zonas de silencio representacional, dificultando en pensamiento y el armado de caminos creativos, (Janin, 2009).

Por otro lado algunos de los sujetos evidencian en su discurso, la dificultad de transitar por otras instituciones durante la infancia: *“Yo tuve, tuve que salir a vender diarios, a cuidar coches, que se yo o a pedir, a pedir a las casas con mentiras, que yo era huérfano, que esto, que lo otro. Todas esas cosas”*.

“avergonzado. Terrible, Y más en nuestro barrio, en nuestro barrio como vas a ir a pedir. Mis amigos, mis hermanitos me decían. Cualquier cosa te decían. Te rebajaban digamos”.

Es necesario destacar que una de las principales funciones de la familia, como institución subjetivadora, es justamente preparar y fortalecer al sujeto en cuanto a sus recursos psíquicos y sociales, permitiendo el emplazamiento a futuro y el vínculo con otras instituciones sociales. En este sentido, vemos como la posibilidad de apuntalar y acompañar al sujeto en su tránsito desde la familia hacia otras instituciones sociales, se ha visto dificultado o no se ha realizado, siendo el sujeto expulsado abruptamente a la sociedad sin acompañamiento alguno.

En esta línea, los sujetos entrevistados hacen referencia en su discurso al lugar ocupado por la educación en sus vidas, haciendo hincapié en la falta de apoyo de la familia en la posibilidad de sostener el tránsito por dicha institución: *“nono al jardín de infantes íbamos muy poquito porqueee (ríe) de chico éramos muy traviosos (...) la maestra me pego y (ríe) yo me quería escapar así entonces se lo conté a mi mamá y decidimos no ir mas al jardín de infantes”*.

“Hasta 7mo grado y después repetía. Cuando empecé a repetir, el desgano, el desinterés. Vago y medio. Uno de chico no sabe que quiere (...) Pero hoy un pibe que emprende estudia, lo ayudan los padres. A mí siempre me exigían plata y encima tenía que aportar porque sino no comía.

En este punto es necesario reafirmar a la institución educativa como una institución socializadora que va modelando a las subjetividades a partir de la instauración de normas, tiempos y renunciaciones. Es importante señalar que cada una de las instituciones que conforman la sociedad, operan sobre las marcas subjetivas previamente forjadas, es así que las fallas en las funciones familiares, estarían dificultando el sentido y la continuidad en la vida institucional de los sujetos; en este caso en el tránsito por la escuela. Por otro lado podríamos señalar como en algunos casos, la ley sostenida por la institución familia queda erigida como la única posible para el sujeto, convirtiéndose en una suerte de ley caprichosa que no reconoce un más allá de quien la sustenta (la familia), que no reconoce otras instituciones, dificultando la constitución subjetiva más allá de la familia.

Continuando con la línea argumentativa anterior, quisiéramos hacer mención de algunos comentarios de los sujetos entrevistados que ponen de manifiesto en la vida adulta, las fallas en la función familiar: *“Es como que se hubiese desmoronado toda mi*

vida después que se murió mi papa, porque no había ni comida, quien va a pagar los impuestos. Mi vieja estaba con un pie en el cajón y otro en la tierra”.

“no me supe desenvolver bastante bien en la vida (...) por la incertidumbre de no saber para dónde agarrar, estaba perdido, me agarro miedo... ataques de pánico porque no sabía cómo afrontar la vida, tenía miedo y fui a una psicóloga porque quería que me dijera como me veía...”.

Es importante tener en cuenta, como dijimos anteriormente, la importancia de que el sujeto se constituya en un campo vincular, que se extiende mucho más allá de la estructura familiar que le da un origen. Es así que la familia, como institución primaria en la que se constituye todo sujeto, lo precede y lo introduce en el orden de la subjetividad, predisponiendo las estructuras de la simbolización, mediante la presentación de la ley, mediante la introducción al lenguaje articulado, mediante la disposición y los procedimientos de adquisición de los puntos de referencia identificatorios, preparando al sujeto para la vida en sociedad. En estas citas, vemos como algunos de los sujetos, ya adultos, encuentran cierta dificultad de llevar adelante sus vidas, más allá del ambiente familiar.

Trabajo como institución dadora de sentido

La mayoría de los sujetos entrevistados hacen referencia en su discurso a la sensación de inestabilidad y malestar que les produce la dificultad de conseguir trabajo. Es así que la desocupación encuentra un lugar central en la vida de los sujetos: *“Bueno, ahí estamos en un parate de esos que yo jamás en mi vida estuve sin trabajar, y ya hace casi dos años (...) algunos logros hemos conseguido, pero bueno... falta la vida real*

que no es esta (...) lo que me hace falta es trabajar y hacer mi vida tranquilo, hacer mi vida normal.”

Es interesante resaltar en este punto el malestar que presentan los sujetos por la inestabilidad laboral. Más allá de la cuestión económica, que sin duda reviste gran importancia, es necesario destacar la sensación de inseguridad y malestar que manifiestan los entrevistados debido a las fallas institucionales. En este sentido la institución del trabajo, ha dejado de ser una institución que apuntala, sostiene y que permite sentar las bases de un proyecto vital seguro y estable. Es así que en la actualidad ha venido a ocupar un lugar central la figura del empleo, como aquello que hace del trabajo una relación económica, contractual, inestable y precaria, dejando justamente de lado la seguridad y la realización personal.

Para algunos de los entrevistados el trabajo ocupa un lugar central en sus vidas y aparece como el medio privilegiado para poder salir de la situación de vulnerabilidad actual. *“La base acá para salir de esto es el trabajo y poder volver a lo de uno, que se yo, a rehacer la vida normal.”*

“Ya el proyecto mío de vida es poder llegar a trabajar y poder compartir con mis hijos (...) mi meta es el trabajo que me va a dar dignidad”.

“En lo laboral encontrar un trabajo que me dé la posibilidad de poder alquilarme algo, de poder comer, vestirme y poder ir a buscar a mi hija tres veces por semana. Ya con eso me alcanza y me sobra.”

Consideramos al trabajo como un derecho y canal privilegiado de movilidad e integración social que contribuye a la dignidad de los ciudadanos en tanto soporte fundamental de inscripción en la estructura social. El trabajo configura una fuente de

realización personal que permite sostener un proyecto personal a futuro, que a la vez integra al sujeto a un proyecto colectivo siendo de esta forma un sostén vincular. Es por ello que la desocupación desmantela el proyecto identificador y los cimientos mismos de la identidad en su anclaje social. En este punto, Sternbach (2002) sostiene que la desocupación produce desvalimiento social, sensación de inestabilidad, vulnerabilidad y labilidad vincular.

Otra de las recurrencias en el discurso de los entrevistados es que el trabajo aparece como un medio para sobrevivir y sobrellevar la situación de calle: *“Hacer cualquier cosa, vender chocolates, chupetines, que se yo, para sobrevivir, o sea, para vivir el día”*

“No era pavada. Era mucho laburo, era. Yo me acuerdo de eso a veces y digo tanto trabajaba. Ahora no hago nada. Hago para sobrevivir nada más”

Podríamos pensar que cuando el trabajo no constituye una fuente de realización personal que permita sostener un proyecto a futuro, adquiere la característica de ser un medio para satisfacer necesidades, es decir, para llevar el día a día, estableciéndose entonces un vínculo laboral precario e inestable. En esta línea Castel (1995) sostiene que la zona de vulnerabilidad refiere a la precariedad laboral y a la fragilidad en los soportes relacionales. Por otro lado, trabajar para sobrevivir, estaría estrechamente ligado a la lógica del consumo, es decir, están aquellos quienes pueden consumir y otros a los que esta posibilidad les estaría vedada, quedando entonces por fuera del orden social, pero sin embargo dentro del sistema capitalista. No dejan de ser consumidores, sin embargo, la desocupación y las dificultades económicas, configuran una pelea cotidiana por no caerse del sistema, acentuando la vulnerabilidad y la exclusión.

Por otro lado, los sujetos entrevistados consideran que las condiciones físicas y cronológicas son una de las grandes dificultades a la hora de conseguir un trabajo o de realizarlo por cuenta propia: *“Tampoco puedo salir a trabajar porque tengo que empezar de cero (...) yo no tengo 35 años, yo tengo 55 años y la verdad que no tengo ganas de empezar de cero”*.

“Yo soy pintor (...) ahora hace mucho que no hago esos trabajos. No sé como andaría con el cuerpo digamos para hacer devuelta esos trabajos”.

“Y estamos en la búsqueda de trabajo, esta difícil para todo el mundo asique imagínate para una persona de 60 años, por más experiencia que tenga en muchas cosas.”

“Con sobrepeso nadie te va a dar trabajo, te van a decir “está muy gordo, te tengo que pagar una obra social”. Los tipos piensan eso enseguida, se le juntan un montón de factores, es un riesgo tener una persona con sobrepeso”.

Castel (1995) utiliza el concepto de “utilidad social” al hacer referencia al trabajo, lo que implicaría ocupar un lugar en el mercado laboral, una posición en la sociedad. Cuestiones como la edad o dificultades físicas generan una sensación de inutilidad, lo se encontraría ligado a las características propias de la economía de mercado de la sociedad capitalista que privilegia la productividad de la juventud y el consumo de todos, incluidos “los inútiles” quienes, desde esta lógica, no pueden producir. Este estado de perplejidad podría anular el pensamiento pragmático, así como generar actitudes de pasividad y resignación en estos sujetos entrevistados.

El lugar de la institución salud

Resulta importante señalar la escasas o ausencia de datos que hemos obtenido en las entrevistas, con respecto a la salud como institución; por otro lado es importante

destacar que la mayoría de los entrevistados no están afiliados a ninguna obra social, ni concurren al hospital de manera periódica, más allá de eso y de la ausencia en su discurso en este aspecto de sus vidas, algunos de los sujetos hacen referencia a su salud y a la posibilidad de ir al médico sólo ante situaciones extremas, lo cual hace a la dificultad de realizar un tratamiento que mejore sus condiciones de vida: *“Me empecé a sentir mal y ahí sí fui al médico. Pero no le di bola, no le da bola al médico hasta que no estás que reventas, que se te pone ciega la vista, el dolor en el cuello, en el hombro. No le di bola al médico hasta que no estaba que reventaba”*.

“Estaba ciego de los dos ojos (...) no me quería operar porque no tenía documento... y este de salud decía “este quien es”, el director del hospital trató de ayudarme y pidió pero dijeron “no, sin documento no podemos”... habló con jefe de ellos, de... social, también dijo que no...”

Podemos observar que el hecho de que los sujetos concurren al médico solo cuando su salud se encuentra comprometida en modo extremo, podría deberse a cierto descuido y falta de interés por este aspecto de sus vidas, teniendo como base una concepción de salud/enfermedad que se limita a la preservación básica de la sobrevivencia del cuerpo. En este sentido, la apelación a las instituciones de salud surge como una práctica frente a la enfermedad inminente y no como una práctica de los cuidados de sí. Cuidar la vida implica una serie de renunciaciones, de goces inmediatos, que solo estamos dispuestos realizar si tenemos una perspectiva a futuro, (Bleichmar; 2008). Quizás podríamos pensar también, que este desinterés y descuido se relaciona con un proceso de desafiliación institucional (Castel 1995) al ir perdiendo todo contacto con los elementos que constituyen el entramado social y la adscripción a las distintas instituciones, que involucra no sólo a la salud, sino también a la educación y al trabajo.

En este sentido, la institución salud no sería para los sujetos entrevistados un elemento de pertenencia e inclusión social, sino un aspecto a resolver cuando el cuerpo en franco deterioro emite la señal de alarma. Por otro lado, no podemos desconocer que las instituciones de salud se ven desbordadas en su función, priorizando sus recursos en casos que revisten urgencia o riesgo de muerte. Es así que la institución salud y sus organizaciones públicas, al no poder responder a la demanda social contemporánea, cierran sus puertas o derivan hacia otras instituciones, reproduciendo condiciones de expulsión y desamparo.

Podríamos señalar que el cuidado del propio cuerpo, como unas de las formas de cuidar de sí, no solo estaría relacionado con una esperanza o perspectiva de futuro por parte de los sujetos entrevistados, sino que también reconoce la importancia de la constitución psíquica, sobre todo en los primeros años de vida del sujeto, en donde el otro ocupa un lugar fundamental en lo que hace a la libidinización del cuerpo. Este señalamiento nos remite, fundamentalmente a la constitución narcisista y a sus fallas o déficit, como desarrollamos anteriormente, que muchas veces son actuadas en las dificultades mismas para cuidarse y reconocer sus propias necesidades. Por otro lado, los dispositivos, instituciones y organizaciones que sostienen el sistema de salud actual, van inscribiendo determinadas marcas subjetivas, que mediante la indiferencia y el desinterés, sitúan a los sujetos en tanto “des-existentes”. (Puget; 2002).

Instituciones de disciplinamiento social

Con respecto a las fuerzas de seguridad, se observa en el relato de algunos de los sujetos entrevistados diferentes maneras de relacionarse con ella. Por un lado, la policía aparece como una institución que no reconoce el padecimiento de los sujetos en situación de vulnerabilidad, bien mostrando desinterés a la hora de brindar ayuda o no interviniendo

en dicho padecimiento: *“Vas a pedir ayuda a la policía y no te dan cabida. Yo he ido a pedir ayuda a la policía y no me dieron cabida. Yo les decía "soy alcohólico, estoy enfermo, no lo puedo dominar, estoy enfermo".*

“¿Porque, porque vienen acá?”, les digo yo. “Porque a ustedes la policía no los molesta”

“Actualmente la policía no me molesta para nada, porque no ando haciendo nada. Yo no me escondo de ellos ni nada, está bien, ando borracho, eso sí, pero no es que soy un borracho jodido, un borracho que voy a andar faltando el respeto a las mujeres en la calle. No, al contrario. Entonces ellos saben con quién se está manejando”.

Por otro lado, la policía se muestra cumpliendo su función de protección de los ciudadanos y como mediadora con otras instituciones que tienen la misma función:

“Después de eso fue cuando yo me fui, me tire ahí en la calle, la policía me llevo a la primera y el enfermero dijo que yo estaba mal, porque estaba llorando mucho y estaba mal, que me llevaran al Regional, a Salud Mental”

“En Balcarce estuve una semana viviendo en la comisaria (...) Entraba a la comisaria re borracho y dormía. Y se reían, el comisario me decía "no sé qué hacer con vos, no se a dónde mandarte, estoy averiguando de algún lugar" (...)

Puede observarse entonces que la relación de estos sujetos con las fuerzas de seguridad muestra diferentes aristas, siendo la indiferencia lo que predomina, ya que el “no te pasan cabida” o el “no me molestan” demuestra una falta en la función básica de la policía, sobre todo en sujetos que están en situación de vulnerabilidad social. Función que consiste en el ejercicio de un servicio de protección a los derechos y libertades de

los sujetos frente a actos u omisiones que lleven a la lesión de estos derechos y libertades. El policía como el ciudadano encargado de proteger a la comunidad.

La vulnerabilidad y aún más la situación de calle expone a los sujetos a una constante incertidumbre en relación al devenir de sus vidas, a situaciones de peligro donde quienes deben protegerlos no lo hacen y de ellos también hay que defenderse. La policía es la primera institución que toma a los sujetos y que media con otras: hospitales y cárceles. Instituciones de destino, que según los dichos de los sujetos, y junto con la muerte, son destinos de cualquier sujeto en situación de extrema vulnerabilidad social, como la situación de calle.

En relación a lo anteriormente expuesto y con respecto a las instituciones de encierro, algunos de los sujetos entrevistados muestran en su relato el malestar generado por la situación de encierro o privación de libertad, la consecuente falta en sus supuestas funciones de “reinserción social” y el deseo de no volver a estar en dichas instituciones: *“Cuando salí, salí en el 92, nunca más, de esa fecha a ahora nunca más. No quise saber nada, fue lo peor. Yo me la creía todas por lo que me había quedado del reformatorio, pero en el penal era cualquiera (...) empecé con las pastillas, mucha pastilla, ya en el colegio habían pastillas. Pero en la cárcel se aplico más el asunto de las pastillas y el alcohol”*.

“Se tomó la amabilidad de decirme que estaba loco, en tribunal de familias, en el cual fui internado (...) Es 1 mes de evaluación, que es un 1 mes, me tuvieron 6 y la pase malísimamente mal, sobredosificación de medicamentos. (...) El encierro no me dejaban ganas de nada, ¿entendes? No me encontraba en un lugar que diga “bueno, me encierran acá y se me pasa”. No, me estaba poniendo cada vez peor”.

Las instituciones de encierro como instituciones de disciplinamiento social son siempre fuente de sufrimiento y padecimiento. Instituciones totales en palabras de Goffman (1994) que esta simbolizada por los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior y la libertad de sus miembros, y suelen adquirir forma material: puertas cerradas, muros altos, alambres de puas, etc. Estas instituciones ubican a los sujetos que allí se encuentran en una situación de extrema vulnerabilidad: vulneración de derechos, sobre medicación, drogas, aislamiento, pérdida de vínculos, cambios en la rutina, ansiedades, desconfianzas, mecanismos defensivos y un estado de alerta mayor y constante frente a la posibilidad de perder la vida. Diferentes formas de violencia y el castigo como característica distintiva, lo que no deja de estar vinculado necesariamente con la dinámica de la lógica capitalista cuyo modo de producción necesita para imponerse, castigar. La cárcel, por ejemplo, surge junto con el sistema capitalista. Las cárceles, los institutos para menores, los hospitales psiquiátricos, con su disciplina, forman parte de una forma social de poder y que constituyeron uno de los pilares sobre los cuales se apoyo la sociedad capitalista para poder funcionar y perpetuarse a sí misma.

En otro aspecto, pero siguiendo con este sentido argumentativo, resulta importante señalar que las instituciones y las organizaciones que las materializan, son construidas y sostenidas por las subjetividades de una época. En este sentido, las instituciones crean sujetos que al mismo tiempo crean y recrean a las mismas instituciones, (Castoriadis, 1990). Asimismo, es importante señalar que el lugar y las funciones que estas instituciones ocupan en la sociedad contemporánea, se relaciona estrechamente con el imaginario social sobre la exclusión que signa a estos colectivos, no solo como inútiles para la sociedad, sino que al no esperar nada de ellos, los ubica en

el lugar de “peligrosos”, depositario de aspectos negativos producidos y a la vez, rechazados socialmente.

Instituciones de amparo

La mayoría de los sujetos hace referencia en su discurso a “El campito” como aquella institución que ofició de ayuda y sostén en momentos de crisis extremas: *“No, me estaba poniendo cada vez peor. Hasta que gracias a dios me trajeron acá, porque no podía, viste. (...) tenés que tener una muda de ropa cada dos bañadas, cambiarte la ropa. Acá tengo jabón, shampoo”*.

“Que está mal, que tendríamos que tener igualdad todos, tener nuestro trabajo y este lugar gracias a dios existe si no que seríamos nosotros, estaríamos tirados en la calle, dejados por nuestras personas, parientes”.

“Desde que estoy acá no tomo más, ahora tengo ganas de vivir... me sentía mal mal, es una porquería peor que cualquier otra porquería el alcohol... ahora tengo ganas de vivir, tengo proyectos...”

Es necesario reflexionar sobre las palabras de los sujetos entrevistados acerca del lugar conferido a “El campito” como institución, en la posibilidad de recuperar el sentido a sus vidas. El Campito es un programa de Atención y Asistencia a Personas sin Hogar “Hogar El Campito”, dependiente de la Secretaría de Desarrollo Social, de la Municipalidad de Gral. Pueyrredón. Este lugar es destinado a personas que se encuentran en situación de calle, es decir aquellos sujetos que se encuentran en condición de vulnerabilidad social con riesgo a nivel social, físico, vital y a nivel psicológico. Esta institución tiene por función principal sostener y apuntalar a los sujetos que han atravesado momentos de vulnerabilidad extrema. De esta forma una de

sus características principales y que la diferencia de otras instituciones, es su consistencia, solidez y estabilidad en el tiempo. Asimismo, permite a los sujetos habitar un espacio de encuentro con otros que han atravesado similares situaciones de vulnerabilidad, sosteniendo un tratamiento integral cuyo eje radica en el reconocimiento de la singularidad, la participación y en la potencialidad de transformación subjetiva.

Observamos en los sujetos entrevistados cierta recurrencia al hablar del ingreso al campito como un acontecimiento que marcó un antes y un después en sus vidas: “(...) *hay muchas actividades, eso es un cambio... un cambio bastante bueno... acá hacer cosas es lindo y después con muchas personas nos relacionamos (...) no solo los talleres que realizamos, anda mucha gente, si si (...)*”.

“La regla es venir temprano, me dejaban salir a paseo, ir acá a comer, me baño. Estoy bien. No estoy angustiado como estaba en el hospital, esas ganas de salir, ver el aire, salir a tomar aire, a hacer mandados, salir. Acompañas alguno que tiene que ir al hospital a buscar remedios y salís. Salís, te liberás un poco. Me voy a comprar ropa, tomar un café, un helado, disfrutas, salís”.

En este punto es necesario hacer mención acerca de las características del sufrimiento actual, en el cual toman protagonismo la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección. Estos padecimientos que se acentúan en los sujetos en situaciones de vulnerabilidad social, se ven reforzados por la inexistencia de instituciones capaces de hacer algo con esta situación. Es así que las instituciones contemporáneas, a partir de la metamorfosis estatal y el predominio del mercado, ya no son espacios de sostén y apuntalamiento, así como tampoco regulan los encuentros entre los sujetos; asisten a un proceso de vaciamiento de sentido, desligadas y fragmentadas, terminan por reproducir las condiciones de expulsión social, (Grupo doce, 2001). En este sentido la mayoría de

los sujetos entrevistados señalan el ingreso al campito como un antes y un después en sus vidas, ya que resurge la importancia de tener un orden y una programación en sus vidas, creando espacios de apuntalamiento y solidez en donde se potencian los intentos de nuevas forma de lazo social.

La regulación de la Municipalidad de Gral. Pueyrredón hacia quien debe responder la institución “el Campito”, permite a quienes allí trabajan sostener un dispositivo que en la práctica no se ve coartado y delimitado por los tiempos formales en cuanto a estadías que deberían cumplirse. Paradójicamente, pensado en este sentido la fragmentación institucional de la Municipalidad de Gral. Pueyrredón es lo que posibilita justamente que “El Campito” como institución posea efectos subjetivantes.

Los sujetos entrevistados *habitan* espacios potenciales de re-subjetivación en donde se sienten seguros y pueden satisfacer sus necesidades básicas, además de recuperar la posibilidad de recomenzar el trabajo psíquico que impone la transformación y recomposición de los lazos sociales. El campito se constituyó para los sujetos entrevistados en una institución de amparo, justamente frente a la desubjetivación y el desamparo total vividos durante la situación de calle; una institución cuyo objetivo es ligar, afirmar y sostener, además de establecer un espacio habitable y de apuntalamientos múltiples.

En este sentido algunos sujetos se preguntan acerca de sus vidas luego de irse del campito: *“No sé, me gustaría quedarme un tiempo y bueno, si me tengo que ir, como hago para irme, no sé”*.

“Después me preocupa la cuestión legal porque esto es un límite de tiempo, tampoco puedo pretender que se hagan cargo de mi persona, o no se con quien tendría que

consultar legalmente. La condición de la gente que esta acá, viste, gente que está sola, que no tiene a nadie, que no tiene techo, que legalmente no sé quién, el Estado supongo”.

Si bien los sujetos saben que el campito configura un apartado en sus vidas, una institución de paso hasta que puedan recuperar sus vidas, trabajo, salud, etc. la mayoría se preguntan por su futuro y con ello adviene la incertidumbre. Es así que se redobla la apuesta para la sociedad y las instituciones que la conforman. Es por ello que nos preguntamos acerca de si el campito como institución de amparo estaría configurando una isla, y así daría cuenta de la fragmentación y desligadura institucional a la que asistimos en la sociedad actual, o dejaría las marcas suficientes en los sujetos para establecer una continuidad y transferencia hacia otras instituciones sociales. Retomaremos esta cuestión en otro apartado.

Composición y Valoración de su red de Vínculos y Modos de Vinculares con sus Semejantes

En este apartado desarrollaremos dos objetivos al mismo tiempo. Creemos que tanto la composición y valoración de la red de vínculos, como los modos de vincularse con los semejantes, están estrechamente relacionados y el hecho de trabajarlos conjuntamente, nos va a permitir abordar los datos con mayor consistencia y simplicidad argumentativa.

El otro como sostén cuya pérdida manifiesta la labilidad vincular

Podemos observar que en la mayoría de los entrevistados aparece con insistencia un punto de quiebre, un punto de inflexión que ellos mismos señalan como extremo: “(...) *Mi vieja enferma, mi papa muerto, acá se pudrió todo. Y ahí sí que se desmorono todo, viste cuando estas arribas del árbol y te lo serruchan de abajo, ahí me vine abajo*”.

“Cuando los señores Acuña fallecieron entre en depresión, entre en depresión y comencé a trabajar en un trabajo, otro, otro, otro, otro, y ya no busque más nada. Solo trabajaba para sobrevivir”.

Es necesario señalar que la mayoría de la veces, este punto de quiebre, tiene que ver con la pérdida de un ser querido; con la particularidad de que este otro resulta en todos los casos, un otro asimétrico; padre, madre, patrón laboral, etc. Este otro, es aquel que se ubicaría en el lugar de la ley para el sujeto y cuya pérdida trastocaría el mundo instituido por dicha ley. Más allá de las características del objeto perdido, el del duelo en sí mismo, es un trabajo arduo y lento de desasimiento libidinal con el objeto perdido. Freud (1917) nos ilustra señalando que es un trabajo paso a paso, en el cual el mundo deja de tener sentido y en el cual la libido en franca retirada, retorna al yo,

desconociendo la realidad. Teniendo en cuenta estos desarrollos teóricos, podríamos pensar que este trabajo de duelo, se ha visto dificultado en los sujetos.

En relación a la pérdida y la crisis que esta conlleva, vemos en algunos sujetos la ausencia, pero también la necesidad, de una red vincular que contenga y apunte en estos momentos. *“Cuando estás trabajando uno se enchufa en la casa del paciente, tenés amigos que son del entorno familiar. Después que se muere o que se van para un geriátrico c`est fini, se termina la amistad”.*

“(...) a raíz de lo que me pasó, yo me empiezo a cuestionar si realmente funcionaba sola yo. Y ahora es como que necesito un batallón de personas alrededor mío para que me apuntalen.”

En este sentido algunos autores, continuando los aportes dejados por Freud como el caso de Allouch (1996), Cruglak (1994/00), sostienen que los duelos nos confrontan con el peor de los vacíos, señalando la importancia de la presencia del otro de la empatía y del dolor. Lo interesante de estos desarrollos es que sitúan en el plano principal del trabajo de duelo la presencia/ausencia de los otros. El trabajo de duelo pone en juego la presencia/ausencia del otro como sostén, como apuntalamiento en un momento de crisis vital.

Es necesario resaltar que si bien la situación de duelo es un momento de crisis vital para todo sujeto, el cual pondrá en juego nuestros recursos psíquicos, nuestra posibilidad de elaborar la pérdida y otorgarle nuevamente sentido a la vida, no todos los sujetos elaboran las pérdidas de la misma manera. Comenzar y terminar un trabajo de duelo, no es un destino prefijado, sino un camino sinuoso y de incertidumbre que no todos pueden elaborar. Sin embargo y a pesar de la dificultad de estas situaciones,

también deberíamos mencionar que no todas las personas al atravesar una pérdida, con la vulnerabilidad a nivel psíquico que ello conlleva, terminan en una situación de calle. En este sentido nos preguntamos qué es lo que hace que estas situaciones configuren un punto de quiebre en los sujetos, más allá de mencionar y remarcar lo abrumador de una pérdida para todo ser humano. Dejaremos por ahora en suspenso esta cuestión, retomándola más adelante.

El otro no como una fuente de apuntalamiento

Resulta interesante comentar que la mayoría de los sujetos manifiestan cierta desconfianza a la hora de relacionarse con el otro. *“No es como otra edad en donde vos no te fijabas en tantas cosas, y hoy en día la estudias demasiado a la otra persona. Ver su forma de ser, que haces que no haces, que tenés, que dejar de tener. No se hay mucha desconfianza también”*.

“Y bueno no... de volver a hacer pareja ya... viste el que se quema con leche... ve la vaca y llora”

Es importante señalar que en los sujetos entrevistados el otro puede aparecer como una amenaza, como alguien de quien es necesario cuidarse o al menos desconfiar, lo que podría generar un mayor aislamiento y un aumento del sentimiento de desconfianza. A su vez también podríamos pensar que quizá esta situación tenga relación con la dificultad de establecer nuevos vínculos.

Aparece con recurrencia en las palabras de los entrevistados la imposibilidad de contar con el otro en momentos difíciles, este hecho fue comentado más arriba con la situación de duelo. *“Yo no me iba a ir si no tenía un mango, estaba tirado, estaba en calidad de abandono de persona”*.

“(...) Fíjate que me paso lo que me paso y no tenía a quien pedirle que me diera una mano que no fuera Bienestar Social. Si yo hubiera tenido un montón de amigos o un grupo más social, hubiera estado más relacionada, no hubiera terminado en Calidad de Vida, pienso yo”.

En este caso el otro no aparece como un enemigo o una amenaza, sin embargo, reaparece la dificultad en los sujetos de encontrar en el otro una fuente de apuntalamiento en momentos difíciles; quedando el sujeto pasivo frente a la indiferencia del otro significativo. Los entrevistados señalan la indiferencia de la sociedad, y en algunos casos la de sus vínculos más cercanos.

Otra cuestión a resaltar es la insistencia al hablar del otro en términos de alguien a quien no “molestar” y que solo puede brindar ayuda económica: *“Tengo amigos amigos también, no los quiero molestar, ellos tienen ya su familia (...) tengo gente donde tocar timbre y pedirle \$1000 que me preste, que se yo. Y no quiero hacer eso.”*

“(...) tengo gente conocida que si ven un cambio en mí, que me recupere, me vuelven a llamar –para trabajar–”.

Es importante señalar como algunos de los sujetos no tienen dentro de sus recursos psíquicos la posibilidad de contar con un otro en momentos de crisis. Estaría instalada la consciencia de que ellos primero tienen que cambiar (mejorar) y recién ahí poder ser ayudados. Esto podría estar relacionado con una modalidad vincular arraigada en experiencias tempranas, en la cual el otro no cuenta como auxiliar. Sumado a esto, se evidenciaría cierta dificultad para pedir ayuda. La ayuda económica parecería ser la única forma pensable de recibir algo del otro. Por otro lado, también resulta interesante mencionar las modalidades de presentación del sujeto frente a los otros. En este sentido

la mayoría de los sujetos prefiere “mejorar”, recomponerse de su situación, mostrarse de una mejor manera y luego poder pedir ayuda. Si bien podemos sostener que el no mostrarse débil y vulnerable frente a los otros significativos configura la posibilidad de sostener una imagen positiva para el sujeto, que ellos entienden como “un no caer tan bajo”, por otro lado esta postura estaría dificultando la posibilidad de contar con otros que apuntalen y ayuden a superar la situación que los sujetos atraviesan.

A pesar de que no es lo más recurrente, incluso podríamos señalarlo como una excepción, algunos de los sujetos nos muestran en su relato la predisposición de recibir ayuda en momentos difíciles. “(...) *Cuando ella fallece, ahí está el problema (...) mi mamá era un apoyo grande, pero bueno ahora con María Elena, Pedro, nos sentimos muy apoyados, no es un golpe tan grave así.*

“(...) compartimos cosas que nos gustan, tratamos de ayudarnos el uno con el otro y bueno, es sobrellevar los días acá”

Es interesante pensar, siguiendo el relato de los entrevistados, como el otro puede aparecer como un enemigo de quien es necesario cuidarse y defenderse o como un auxiliar en momentos de quiebre sobre quien es posible apoyarse y sostenerse. En este sentido, Sternbach (2002) afirma que el otro aparece, según los contextos, como un enemigo peligroso o con un prójimo con quien entablar un lazo solidario. A partir de la palabra de los sujetos, nos preguntamos cuál es lugar que ocupa el otro en la subjetividad de los entrevistados. Algunos señalan que el otro los puede ayudar económicamente, quizás desde el lugar de no contemplar otro tipo de ayuda, o con la resignación de saber que es lo único que obtendrán. Desarrollaremos este punto con más profundidad en otro apartado.

Dificultades en los vínculos

Continuando con nuestro análisis, observamos la insistencia en el discurso de los entrevistados del sentimiento de soledad: *“Ahí fue creo que la diversión más grande, ahí andaba con los animales, me la pasaba andando a caballo, era otra vida, pero estaba solo”*.

“(...) ella me quería pagar un hotel, me lo quiere pagar al hotel, o sea, ella me puede ayudar económicamente, pero yo lo que le pedía es que no me dejara sola”.

El sentimiento de soledad se constituye muchas veces en una fuente de sufrimiento o malestar que expresaría la necesidad de la presencia del otro como sostén. Profundizando un poco más, este sentimiento podría estar relacionado con la pérdida de otro significativo o frente a su aniquilación en la fantasía, ya que el otro existe incluso en su ausencia (internalización del vínculo). Podría suceder que la dificultad de sostener los vínculos y la situación de desamparo concomitante frente a la inconsistencia del otro o frente a su ausencia, se convierta en una fuente de sufrimiento o de malestar para el sujeto.

La mayor proporción de sujetos hace mención en sus respuestas a la dificultad de establecer vínculos que vayan más allá del contacto momentáneo y efímero de lo situacional, predominando el encuentro con el otro desde las interacciones. *“(...) por más cosas que yo hiciera en el día, que trabajara, que hiciera salsa, que hiciera yoga, me reuniera con los grupos, pero llega un momento de la noche que vos te pones a comer y decís...”*.

“Conozco algunos, los he conocido ya de otros lados. Hemos tomado juntos, capaz. Conocidos, no así amigos amigos digamos. No hay una amistad fuerte digamos”.

Esta dificultad de establecer y sostener los vínculos más allá del encuentro momentáneo con el otro, podría ser pensada, como característica de la situación de vulnerabilidad, destacándose la fragilidad a nivel vincular. Por ahora dejaremos esta argumentación, retomándola más adentrado el análisis.

Por otro lado una parte de los sujetos hace hincapié en la necesidad, a la hora de relacionarse, de tener algo en común con el otro: *“Yo antes no quería hablar con personas que no, si no eran del palo digamos”*

“El que veo que no es como a mí me gusta trato de... lo saludos, que tal, como andas, lo ayudo si necesita algo pero hasta ahí. Mantengo distancia como algunos mantendrán conmigo, creo que afuera es lo mismo. La gente se relaciona por algo en común”.

Pareciera ser que en los sujetos entrevistados, los vínculos se pueden generar o sostener, en principio, solo desde los gustos o actividades en común. Estas interacciones, que generalmente se limitan a quienes comparten algo en común, podrían estar relacionadas con cierta dificultad de generar nuevos vínculos con un otro diferente.

En este sentido, observamos cierta dificultad a la hora de generar nuevos vínculos. *“(...) y bueno, experiencias malas viste, que a veces lo único que queda es tener una relación de amistad que pueda ser una relación con roces o sin roces (...) y vos en tu casa y yo en la mía”.*

"Amigo amigo... que se yo... creo que no... conocidos muchos pero amigos como uno considera a los amigos amigos no".

“Te hablo de los 8 años a los 60, asique 52 años que nos conocemos. (...). Esa es la gran amistad, la verdadera amistad”.

Esta dificultad de generar nuevos vínculos podría tener que ver, como señalamos anteriormente, con un sentimiento de desconfianza que dificulta la apertura del sujeto a la creación de nuevas amistades. Es así que podemos observar que esta escasa disponibilidad psíquica a la apertura vincular estaría relacionado con las dificultades que han atravesado estos sujetos en sus experiencias anteriores.

De la mano del punto anterior, hemos observado en los sujetos entrevistados cierta dificultad para sostener sus vínculos en el tiempo. *“(…) de mis amigos al principio los extra... me hice amigos de otros chicos... y en eso estuve mal... porque no les escribí más y mamá siempre me decía que les tenía que escribir. No sé porque hice eso.”*

“Yo no traje a nadie, vine sola y hasta hace unos años atrás tenía mucha conversación porque yo llamaba y conversaba, mandaba plata por correo. Y después ya perdimos contacto porque no sé qué paso”.

Pensamos que la posibilidad de sostener y reforzar las tramas vinculares de un sujeto, requiere de un gran trabajo psíquico que abone el encuentro con otro más allá del dificultades del tiempo y el espacio. Por otro lado la capacidad de sostener los vínculos en el tiempo por parte de los sujetos podría estar relacionada con la dificultad de aceptar al otro como diferente. Esta es una difícil tarea que impone el trabajo del vínculo y la complejización del mismo a medida se supere la frustración que implica aceptar la realidad del que el otro es distinto. Más allá de las dificultades propias de los sujetos, debemos tener en cuenta lo que Kaës (2007) sitúa como la caída de los garantes metasociales y metapsíquicos, aquellos que son los pilares de la vida psíquica y social. No podemos desconocer, entonces, ni dejar de tener en cuenta, que en la realidad social de estos tiempos, el encuentro con el otro con el cual establecer un vínculo sólido y

duradero, ha pasado a segundo plano, en detrimento de los contactos fugaces que llevan el signo de la vorágine, aceleración e incertidumbre de los tiempos actuales.

Significaciones sobre la Situación de Vulnerabilidad

El otro de la vulnerabilidad

Una parte de los sujetos entrevistados hace mención a aquellos otros que comparten la situación de vulnerabilidad social, a partir de poder diferenciarse en relación a conductas y posiciones que ellos consideran inaceptables: *“estas con alcohólicos, drogadictos, gente que no está bien de la cabeza”*.

“Salir a robar para mí es algo asqueroso, algo ridículo (...) Es algo repugnante, no sé, para mí. Y he vivido con semejante chorro, he vivido con armas de fuego. Nunca le di bolilla. Nunca se me pego, digamos”.

“Es otro mundo, es otro mundo totalmente distinto. Salir totalmente de su, de su mundo, eso de la prostitución, la droga, el alcoholismo. Todo eso es un mundo asqueroso, es horrible. Yo mismo lo digo, yo he vivido con eso. Y lo veo así a veces, es repugnante, ya algo repugnante.”

Resulta interesante dar cuenta en este punto acerca de la posición que toman los entrevistados frente al otro de la vulnerabilidad. Este otro que comparte lugares, momentos, instituciones, y la situación de calle, sigue siendo otro distinto, receptor de aquello aborrecido e inaceptable por parte de los sujetos. Esta posición que implica diferenciarse de aquellos que comparten su misma situación, podría ser pensada, en principio, de dos formas a saber: Por un lado, configuraría una suerte de defensa frente a la generalización que la sociedad realiza sobre la figura del excluido. Por otro lado, también podríamos incluir a esta conducta, como parte integrante de un conjunto de procederes sociales actuales, cuyo eje se basaría en la exclusión, la discriminación y el intento de marcar las diferencias, con todo aquello que resulta diferente a lo habitual y conocido. Retomando la primera interpretación, la figura del excluido, dinámica y en

perpetua construcción, ubica a las personas o grupos, mediante discursos, acciones y omisiones, en lugares cargados de significados que el conjunto social rechaza y no asume como propios. Esta instrumentación defensiva pone de manifiesto la vergüenza y el asco frente a determinadas conductas, hecho que podría configurar un síntoma positivo y de salud psíquica, al incluir la capacidad de singularizarse y retomar los propios valores, a pesar de haber estado en situación de calle.

Situación de calle

Hemos observado en el discurso de una parte de los sujetos entrevistados la necesidad de poner en marcha diferentes recursos y estrategias con el objetivo de sobrevivir en la calle: *“Y de a poquito fui sobreviviendo. Pase momentos difíciles también, dos o tres días sin comer nada. Apenas a pura agua nada más. Y después a la fuerza me tuve que hacer, ir a pedir, me tuve que hacer pedigüeño porque si no me iba a morir de hambre.”*

“En un momento yo dormía en un barco, y me quede ciego (...) yo iba a manguear a los semáforos, una persona que me acompañaba, un negro, decía a todos que es mi hijo pero nada que ver. Bueno yo ciego, ya la gente ve que soy ciego, me chocaba con todo... bueno así viví yo y bueno... no sé. Está bien o está mal pero otra cosa no podía hacer”

Vemos como la situación de calle atravesada por los sujetos entrevistados, fue poniendo como prueba diaria la capacidad de desplegar estrategias que les permitan sobrevivir. En este sentido la situación de calle confronta a los sujetos con la necesidad de subsistir a cualquier precio y desplegar estrategias y recursos que se imponen como única opción, configurando el límite entre la vida y la muerte, son situaciones que

exponen al sujeto al límite de la *biós*, la mera supervivencia biológica (Agamben, 2007).

Algunos de los sujetos entrevistados, en particular aquellos que vivieron en la calle durante un tiempo, destacan en su discurso la violencia y la vulnerabilidad sufrida durante buena parte de sus vidas: *“Allá afuera es otra cosa, otra forma de hablar, hay a cada rato violencia, no sabes si vas a ligar una apuñalada en uno o dos horas, no sabes quién te va a hacer eso. Es algo impredecible. No se sabe”*

“Me fui haciendo a las trompadas, y algunos tenían sus cuadras, cuadras y todo. Con eso tenía que sobrevivir, tenía que cuidar el lugar, y todo. No era fácil, no era una trompadita así nomás, había faca, había de todo. No era fácil. Yo gracias a dios estoy sano, pero hay algunos que están hechos pelota o sobrevivió porque dios es grande, algunos están muertos”.

Al traer las palabras de los sujetos entrevistados, resulta imprescindible preguntarse cuál es la ley que los amparaba en la calle. Retomando los trabajos de Freud (1914/27) acerca de los inicios de la cultura, podemos reflexionar acerca de la instauración de la Ley simbólica, a partir de aquel asesinato mítico que pone fin a la guerra entre hermanos, dando lugar a la terceridad que ampara a todos por igual y que permite la seguridad a cambio un de trozo de felicidad, como lo indica el contrato de renuncia pulsional. La vivencia de los sujetos entrevistados tendría más que ver con la ausencia de dicha ley y con el desamparo y la fragilidad a la que expone su ausencia. Retomaremos esta cuestión con más profundidad en otro apartado.

Por otro lado, algunos sujetos entrevistados describen con insistencia la violencia y la crítica por parte de la sociedad, de la que fueron objeto durante la vida en

la calle: *“Algunos se burlan, se ríen. Eso es asqueroso eso, eso es repugnante. Ha pasado conmigo, te dicen “borrachines sucios de mierda” todo orinado, todo defecado. Ojala que nunca les toque a ustedes, les digo”*.

“Voy, y nos ponemos a cuidar coches o tocamos timbre. Algunos te sacan volando, te dicen “voy a llamar a la policía”, “manga de vagos”, “búsquense trabajo”, cosas así. Normales.

Para este análisis vamos a tomar dos puntos de referencia. Por un lado podemos visibilizar la violencia, maltrato, humillación y expulsión por parte de la sociedad hacia los sujetos entrevistados. Es decir que la sociedad no reconoce como propios a estos sujetos que habitan la calle, son “otros”, el mendigo, el vagabundo, el ladrón, etc. son estigmatizados constantemente generando un proceso continuo de exclusión por parte de quienes tuvieron otra suerte. Es así que observaríamos cierta imposibilidad de reconocer al otro como un semejante. Desde el discurso se los masifica, se los rechaza y quedan ubicados en el lugar de los inútiles, no productivos, sin fines en la vida en sociedad. Podríamos pensar que este es un contexto de-subjetivante, que alienta la destitución de la singularidad a través de una generalización estigmatizante, cargada de aberrantes maltratos, humillación y pérdida de la identidad. Por otro lado, adquiere importancia el lugar que ocupa la responsabilidad de los sujetos entrevistados por su suerte. Siguiendo a Dejours (2006) el sufrimiento suscita un movimiento de solidaridad y protesta sólo en caso que se establezca una asociación entre la percepción del sufrimiento del otro y la convicción de que dicho sufrimiento es causado por una injusticia. En este sentido, en la sociedad hay una disociación entre el sufrimiento y la injusticia en los sujetos excluidos, el fracaso es anotado como una responsabilidad personal, señalándolos como agentes de su propio destino. De esta manera no se

reconoce a los excluidos como producto del sistema social, sino que se los considera causantes de no solo de su propia desgracia, sino la de toda la sociedad.

Quisiéramos incluir en particular una respuesta de un sujeto entrevistado, que destaca una postura distinta con respecto a los demás: *“(...) la gente para juzgar estamos todos, eso es clarito. Acá no me tengo que fijar mucho de la sociedad porque la sociedad así como te juzga te puede ayudar”*.

Es interesante analizar la respuesta de este sujeto, ya que plantea una postura singular frente a la crítica de la sociedad para con ellos. Por un lado vemos como el mismo se logra incluirse dentro de esta sociedad que juzga, hecho que podríamos pensar como positivo, ya que se ubica dentro de la sociedad como agente activo. Por otro lado es importante rescatar la posibilidad de recibir ayuda por parte de los otros.

La mayoría de los entrevistados destacan en su discurso la indiferencia que estamos atravesando hoy en día y de la que fueron objeto ellos mismos en situaciones de extrema vulnerabilidad: *“Mientras vos no te metas con ellos, ellos... hoy estamos viviendo un ritmo de vida que es así, mientras vos no me toques nada a mí, seguí tu camino. La indiferencia hoy en día. Te ven tirado durmiendo ahí tapado con un cartón, no te van a patear, tampoco van a decir “mira que hay un hogar allá o...”*”.

“Capaz que en las casas de comida no les dan lo que hicieron, “no vendo nada”, “no me sobro nada””. En el día hay veinte que pasaron y a todos no le pueden dar. Esos casos han pasado.”

La indiferencia y tolerancia colectiva a la inacción y resignación frente a la infelicidad y el sufrimiento de una parte de la población, son algunas de las características de la sociedad actual. Podríamos pensar que esta suerte de banalización

de la injusticia social (Dejours; 2006) estaría relacionada con la instauración del mercado como regulador social, la expansión e híper valoración de los objetos de consumo, el resquebrajamiento de los lazos sociales, el asilamiento progresivo, el individualismo hedonista, el egoísmo social y la insensibilidad frente al otro, que realzan la indiferencia y la naturalización de la violencia social, llevando a estados de insensibilidad y no-percepción crecientes. El excluido se presenta en un mundo lejano, un mundo distal, es un “expulsado” que perdió visibilidad, nombre, palabra, es un “nuda vida” (Agamben, 1998), porque se trata de sujetos que han perdido la visibilidad en la vida pública, han entrado al universo de la indiferencia, transitando por una sociedad que no parece esperar nada de ellos. Esta franca indiferencia social frente al excluido, frente al sufrimiento de aquellos que habitan la calle, nos hace partícipes de esta injusticia, tanto por omisión como por acción.

Autopercepción de sus Potencialidades

Salir de la situación de calle

Gran parte de los sujetos entrevistados muestran en su discurso una tendencia hacia la pasividad y la incertidumbre en cuanto a las propias posibilidades de egresar del Hogar El Campito y continuar con sus vidas en condiciones diferentes a aquellas que los hizo residir allí: *“(...) sinceramente no sé, como será mi futuro, no me lo imagino. Sé que si me pongo a pensar fríamente va a ser un poco duro, pero si lo soportamos hasta acá, habrá que seguir soportándolo”*.

“(...) por ahora tengo una incertidumbre pero vamos a ver que va... que va a pasar, vamos a ver la situación como se va a ir dando, vamos a ver, pensaba en hacer un impasse y no sé, seguir el año que viene”.

La sensación de incertidumbre es propia de los sujetos que se encuentran en situaciones extremas como la situación de calle, en este sentido Pérez Fernández (2006) nos dice la calle marca un universo de códigos y estrategias, así como la necesidad de producir mecanismos de defensa psíquicos para sobrevivir en esas condiciones. La adaptación pasiva, aparece como primera opción, permitiendo a los sujetos transitar la situación de calle con menos conflicto y sufrimiento. Por otro lado, es necesario reconocer que la incertidumbre en cuanto al futuro es una de las características principales de nuestra sociedad contemporánea, hecho que se magnifica en aquellos que se encuentran en situación de vulnerabilidad, ya que las vivencias de vacío, de insignificancia y de sinsentido se vuelven cotidianas. Agamben (1998) nos habla del “nuda vida”, un ser al que se le han consumido sus potencias y posibilidades, con dificultades para constituirse como sujetos de su propio destino.

También se encuentran aquellos sujetos entrevistados que muestran en su relato la voluntad de superar la situación de vulnerabilidad: *“Yo pienso poner todo el esfuerzo, estoy haciéndolo. Quiero cambiar, ya basta”*.

“Hay opciones. Lo que hay que hacer es estudiar y aprender un oficio (...) Este consumismo que estamos viviendo, hay que buscarle la vuelta, aprender algo y salir adelante uno mismo”.

“Voy a ir a la Municipalidad ahora en verano, tranquilamente, y voy a pedir para hablar con la secretaria de Pulti y pedir para esas máquinas de cortar pasto (...) Buscar casas que tengan jardines que yo pueda arreglar, orientar en relación a las plantas”.

Si bien hemos sostenido que el pensamiento pragmático queda coartado, disminuyendo las capacidades de acción frente al propio destino, consideramos que la creación de nuevos contextos subjetivantes que permitan el reconocimiento y despliegue de potencias y la capacidad creativa, son posibles y reales. Es así que esta postura esperanzadora de los sujetos entrevistados, se corresponde con la posibilidad de ligar y recomponer los vínculos, a partir de la presencia de instituciones que apuntalen y acompañen a los sujetos en la oportunidad de rearmar sus proyectos vitales.

La gran mayoría de los sujetos entrevistados hacen referencia al reconocimiento de ciertas cualidades personales que se podrían reconocer como potencialidades: *“Y estaba cómodo, sí, porque era mi fuerte, lo que me gustaba, lo que sabía. Estudie electromecánica, electricidad, todo eso. (...).Y en aquella época tenía ganas de meter otro trabajito más, el hidrolavado. Siempre quería emprender”*.

“Y bueno, a raíz de que no puedo hacer otras actividades, que estoy mucho tiempo sentada es automático, en seguida empezás a ver qué puedes hacer con una pinza, con una madera, con un tejido. Siempre me gustaron las artesanías”.

“Yo soy una persona muy activa, si me propongo generar dinero me sale bien. (...) muchos dicen que puedo ser un alcohólico, un borracho, pero como pintor, como ninguno”.

“Tener un equipo de música para no sentirme sola, tener un micrófono para cantar, tener un guitarrón para tocar los temas cantando con un profesor”.

Siguiendo lo expuesto anteriormente, la potencia y capacidad creativa existe y ha existido en estos sujetos. Compartimos el interés de no solo ver las carencias reales y simbólicas, sino de pensar que en situación de extrema vulnerabilidad y exclusión, también se generan, diferentes tipos de producciones y actividades: culturales, artísticas, recreativas, educativas y de oficios. Prácticas de subjetividad en términos de Duschatzky (2002), es decir, operaciones que pone en juego el sujeto y que permiten rastrear las operaciones que despliegan los sujetos y las simbolizaciones que producen en situaciones límites.

Imprevistos de la Investigación

En este apartado quisiéramos incluir algunas cuestiones que fueron surgiendo durante el transcurso de la investigación, que si bien no fueron contempladas como objetivos específicos del trabajo, sí revisten suficiente importancia para el análisis llevado adelante y merecen nuestra consideración.

Si bien para el análisis que llevamos a cabo hasta el momento tomamos como fuente de datos a emplear las entrevistas realizadas; incluiremos en adelante tanto lo

visto y oído en nuestro reconocimiento al “Hogar el Campito”, como los comentarios y observaciones de quienes conducen del lugar.

Uno de los puntos interesantes a destacar tiene que ver con ciertas diferencias en relación al género. Por un lado podemos observar que los varones describen con insistencia, situaciones en las que carecían de recursos psíquicos y físicos para sobrevivir a la situación de vulnerabilidad: “(...) y bueno ya después caía, ya ahí caí... directamente mi amigo me trajo al hospital y bueno... ahí estuve, ya no comía, ya nada no me importaba nada (...)”.

“Cuando estaba en las últimas, antes de psiquiatría, estaba sin comer hace meses, sin comida. Me caía y me levantaba del piso, me caía, estaba débil (...) Ahí empecé a enflaquecer, habré bajado como 10 kg en una semana, que es mucho. Orinaba mucho, me levantaba mareado (...) dormía con el gato adentro, que no entre la rata adentro porque me agarro una peste, pero era una cosa que ya no sabía para donde correr.”

“(...) en un estado así, quería buscar un lugar escondido, con muchos árboles, pasto por donde no camina nadie y acostarme y morir tranquilo... ahí si me sentí mal mal, el alcohol es una porquería, peor que cualquier otra porquería”

En la misma línea, uno de los directivos de la institución, nos comentaba en uno de nuestros primeros contactos con el lugar, que gran parte de los sujetos que residen allí, antes del ingreso, habían agotado sus posibilidades físicas y psíquicas de sobrevivir la situación de vulnerabilidad. Este aporte valiosísimo para nuestra investigación, nos permite pensar que, principalmente la población masculina, sostuvo a lo largo de sus vidas la situación de vulnerabilidad extrema que implica la situación de calle, una vida de riesgos y condiciones extremas hasta el punto en que su cuerpo y sus recursos

psíquicos no “*aguantaron*” más. “*Yo vine para acá porque sentí que tocaba fondo, en cualquier momento quedaba tirado*”.

Por otro lado el ingreso al hogar por parte de las mujeres, reviste ciertas diferencias en relación a la población masculina. Entre estas diferencias se destacan el estado de vulnerabilidad con el cual ingresaron a la institución, el cual presenta características propias de patologías psíquicas severas, que comprometen fundamentalmente las facultades mentales: “*veía pantallas que se iban desasiendo, todo blanco y después negro, impresionante era. Yo andaba caminando dentro de la estación de colectivo hablando con gente, teniendo alucinaciones despierta, la gente huyendo de mí, fue terrible, fue lo peor. (...) yo estaba mal porque estaba llorando mucho y estaba mal, me llevaron al Regional, a salud mental*”.

“*En el 2010 mi familia se murió y vino un impostor y eso lo tengo en juicio, porque se llama igual que mi papá (...) Antes del campito vivía en el Regional (...) después encontré a Ana María y me trajo acá (...)*”.

Incluso resulta significativo que la población femenina es de menor edad que las población masculina; esto podría deberse a las características del ingreso a la institución, ya que los hombres por lo general llegan al límite de sus posibilidades en la calle, límite que muchas veces impone el cuerpo y el psiquismo que va deteriorándose con los años; en cambio en las mujeres el ingreso esta signado por el deterioro psíquico que causan las diferentes patologías y que no reconocen en su afectación a la edad. Retomaremos esta cuestión más adelante.

Registro de Afectaciones durante el Relevamiento de Datos

El análisis o la descripción de la implicación subjetiva de los entrevistadores, resulta de gran importancia para la metodología cualitativa en general, y específicamente en las entrevistas con la modalidad relatos de vida. (Legrand, 1999). Es necesario señalar que este análisis de implicaciones personales, trasciende el vínculo entrevistador-entrevistado, propio del dispositivo implementado para la recolección de datos, y se remonta al inicio de la investigación, en los primeros encuentros con la institución y las observaciones, comentarios, charlas informales, durante todo el transcurso del trabajo.

Hecha esta aclaración, quisiéramos comenzar mencionando la apertura y la calidez de la institución “El Campito” para con nosotros. Tanto las autoridades del lugar, como los operadores y los propios sujetos residentes, se mostraron muy a gusto con nuestra presencia y el objetivo que pretendíamos. Es importante destacar que la apertura hacia la universidad y otras instituciones, es tomada como una suerte de política institucional, que las autoridades del lugar visualizarían como la posibilidad de crecer, ser ayudados y al mismo tiempo ayudar. En este punto, nos remitimos a lo desarrollado anteriormente como particularidad del campito, en relación la apertura de la institución y la disponibilidad de quienes allí trabajan, lo cual les ha permitido sostener un dispositivo que en la práctica no se ve coartado y delimitado por la rigidez de los tiempos formales en cuanto a estadías que deberían cumplirse; en esta línea, si bien nosotros fuimos con el objetivo de realizar la investigación de pre-grado y en nuestro trabajo, la ayuda de la institución fue de carácter fundamental, la recepción, la disponibilidad y el lugar otorgado, nos reposicionó frente a la posibilidad de brindar algo de nuestro conocimiento/por conocer a la institución y a los sujetos residentes en particular. Esta ausencia de rigidez y la apertura de la institución, en nuestro registro de

afectaciones, se vio plasmada en la comodidad, el respaldo y el interés, por nuestro trabajo.

Por otro lado, resulta importante comentar el “impacto” producido en nosotros a partir del encuentro con los sujetos entrevistados. Resaltamos la palabra “impacto” porque resulta una manera fácil y rápida de calificar la situación, sin embargo, en lo personal y compartido por ambos, creemos que el encuentro con sujetos en situaciones de vulnerabilidad social extrema, nos atravesó de tal forma, que de cada entrevista salimos algo distintos. En este sentido, cada relato de vida, nos permitió reubicarnos de manera singular frente a los prejuicios, los sentimientos encontrados y las propias experiencias personales. Creemos, y como efecto propio de la metodología, que la oportunidad de interiorizarse en la problemática de los sujetos entrevistados, posibilitó la escucha de la historia singular de cada sujeto, desde su propia óptica, desde sus propias sensaciones, dificultades y facilidades que lo han llevado a transitar diferentes situaciones durante su vida. De esta forma, encontramos cierta diferencia, en relación a la figura abstracta, creada a partir de los imaginarios sociales, de las propias fantasías, pensamientos y quizás algunos encuentros esporádicos con personas en situación de vulnerabilidad social extrema. Diferencia que se fundamenta en el pasaje del ajeno al semejante, del sujeto hablado, al sujeto que habla por sí mismo, que tiene nombre, y que tiene muchas historias, singulares, especiales, para quien preste su escucha. En este punto, nos encontramos pensando a los sujetos en una tensión constante entre los objetivos propios de la investigación y la implicación y la sensibilización frente a los relatos que desnudaron los aspectos más crudos de la realidad transitada por los entrevistados. Es así que entendimos que la problemática de la vulnerabilidad social, y de aquellas personas que han atravesado situaciones de calle, nos apela no solo desde

nuestro rol de futuros psicólogos, sino también, desde nuestro rol ciudadanos. Una apuesta para la sociedad y las instituciones que la conforman; Instituciones que son creadas y sostenidas por todos nosotros como sujetos de esta sociedad y que muchas veces, como desarrollamos anteriormente, funcionan como instituciones que expulsan y cierran las puertas a sujetos, que en su padecer, representan una sociedad desigual. Esta apelación a nuestro rol de ciudadanos y futuros profesionales, nos sitúa ante la posibilidad de pensar nuestra accionar, desde una postura ética y reflexiva.

Conclusiones

La administración de las entrevistas con la modalidad relato de vida y el análisis de los datos desarrollado en el apartado anterior, nos permiten reflexionar y comenzar a dar cuenta, acerca de las posibles líneas de sentido que resultan más significativas para pensar la producción de subjetividades en situaciones de vulnerabilidad social extrema, como es la situación de calle.

Dado el tipo de estudio de la investigación que se llevó a cabo (exploratorio – descriptivo), no podremos exponer como conclusión explicaciones causales. Sin embargo, a continuación volveremos sobre los resultados con el fin de conceptualizar algunos aspectos que resultan relevantes y que, creemos, poseen fertilidad teórica; lo cual permite sí la generación de hipótesis. Volveremos entonces, sobre aquellas cuestiones que durante el análisis de datos nos fueron llamando la atención, ya sea por sus recurrencia o por su importancia en el discurso de los entrevistados.

En primer lugar, observamos como factor común que los sujetos entrevistados ponen de manifiesto en su discurso, diferentes fallas o déficit en las funciones de la familia como institución primera, que atraviesa y constituye a todo sujeto. Estas fallas revisten como característica principal el desapuntamiento y el desamparo en la primera infancia a partir de la violencia, muchas veces alternada con la falta de cuidado e indiferencia por parte de las figuras de autoridad. Si sostenemos que toda la cultura se basa en dos de las prohibiciones que ella debe respetar, la prohibición del incesto y la prohibición del asesinato, estas, pronunciadas y sostenidas por la instancia parental, resultan fundamentales para la constitución psíquica del sujeto (Aulagnier, 1986). Es así que, la hostilidad manifiesta, la indiferencia o el maltrato por parte de la pareja de

padres, develan con su accionar un vínculo erótico incestuoso y mortífero. En este sentido, la violencia sufrida durante la infancia, supone fundamentalmente la anulación del otro como sujeto, del otro en su otredad. Supone la destrucción de los vínculos. (Janin; 2009). *“Un estímulo no tuve de chico, siempre me molían a palos por cualquier cosa”*. En esta línea de análisis, las vivencias de desamparo e indiferencia, producen “significativos perjuicios en la autoestima del sujeto y son reproducidas en lo vincular, sobre todo en el registro de la confianza. La desconfianza se constituye entonces en una de las modalidades defensivas, un frágil sistema protector ante la angustia que provoca no saber lo que el otro puede hacer con él”. (Gallo de Moraes y Kother Macedo; 2012, pág. 93). El interjuego entre la violencia, las carencias de afecto y la indiferencia por parte de la red de vínculos que configura la familia, nos invita a pensar en una situación de fragilidad y vulnerabilidad tanto a nivel psíquico, como social, ya desde los primeros años de la vida de los sujetos. *“Pensar como viene la moto el tema de mi viejo, todo, era un hombre violento, digamos (...) salía con sus amigos por ahí, se iban a los prostíbulos y venía borracho y se armaban cada quilombo. No podíamos ni estar en la casa. Era violento”*.

Otra característica a destacar en relación a las fallas en la familia como institución subjetivadora, son las dificultades de acompañar y sostener a los sujetos en el tránsito por otras instituciones sociales, no cumpliendo su función de intermediaria; en algunos casos siendo expulsados abruptamente a la sociedad sin acompañamiento alguno, en otros dificultando la capacidad de llevar adelante sus vidas más allá del ambiente familiar. *“Mi infancia fue jodida. Y por eso fui creciendo a los portazos, a los tumbos, a las trompadas. Y acá estoy”*; *“Todo un proceso, claro... cambio de vivir con mi mamá toda la vida así y ahora vivir con veinticinco personas (sujeto de 54 años)”*.

Creemos oportuno señalar que cada una de las instituciones que conforman la sociedad, operan sobre las marcas subjetivas previamente forjadas. La familia, como institución, adquiere un lugar fundamental en el orden de la producción de subjetividad, mediante la presentación y el sostén de una ley, que debe reconocer un más allá de quien la sustenta, siendo fruto del consenso social. Según Kaës (1998) la cuestión del sujeto se define cada vez más necesariamente en el espacio inter-subjetivo y más precisamente en el espacio de lo intergeneracional, de lo familiar y de lo grupal, allí precisamente a donde “el yo puede advenir” (Aulagnier; 1976), o fracasa al constituirse. De esta manera la familia se constituye en el lugar de transmisión por excelencia de aquello que conocemos como los garantes metapsíquicos; es decir aquellas formaciones intermedias, pactos y alianzas inconscientes, que son el cimiento sobre el cual se van a desarrollar los vínculos intersubjetivos, las cuales implican, al mismo tiempo, una obligación y una sujeción, así como un espacio de posibilidades para el sujeto; (Kaës, 2007). Por ello las fallas en las funciones familiares revisten gran importancia, ya que, no solo estarían dificultando el sentido y la continuidad en la vida institucional de los sujetos, sino que estarían dificultando la transmisión y asimilación de aquellos pactos y alianzas sobre los cuales se van a tejer los vínculos futuros. *“No me adaptaba al ritmo de vida que tenían ellos, no me adaptaba a los pibes, yo no sabía lo que era jugar. Para mí era pelear, ¿que jugar? Nosotros no jugábamos, vivíamos a los cachetazos, estábamos mirando televisión nos revoleábamos con una zapatilla. Esos eran los juegos nuestros”.*

Asimismo, no de modo causal en el sentido lógico del término, pero si en relación a lo anteriormente descrito, debemos reconocer ciertas descomposiciones en la red de vínculos y en los modos de vincularse que presentan los sujetos entrevistados. El otro no aparece como un semejante-auxiliar con el cual establecer un vínculo basado

en la confianza y la seguridad. Resulta significativo remarcar entonces, que el otro aparece como un enemigo, alguien que merece su desconfianza o al menos cierta cautela: *“No les importa nada, te apuñalan, te matan, te asesinan ahora”*. En principio, podemos sostener que la modalidad de vincularse de los sujetos, se basaría en el contacto momentáneo y efímero de lo situacional, predominando el encuentro con el otro desde las interacciones. *“Te imaginas que si salía a vender y me pasaba medio día interactuando con mis clientes (...) pero de repente era una relación comercial, no era amistad, era una relación comercial. Pero igual interactuaba con la gente”*. A pesar de sus propias dificultades, no podemos desconocer que en la realidad social de estos tiempos, el encuentro con el otro con el cual establecer un vínculo sólido y duradero, ha pasado a un segundo plano, en detrimento de los contactos fugaces que llevan la impronta de la aceleración e incertidumbre los tiempos actuales, (Bauman, 2005; 2007). Sin embargo, más allá de las transformaciones socio históricas contemporáneas y las características de las nuevas subjetividades, podríamos reconocer a estas dificultades de generar y sostener los vínculos, como características propias de los sujetos entrevistados, padeciendo una progresiva desafiliación de los soportes relacionales que los ubican en situación de vulnerabilidad, (Aguilar, 2011). El otro no cuenta como una fuente posible de apuntalamiento, sino que hace las veces de enemigo, mereciendo al menos la desconfianza, lo cual dificultaría la apertura del sujeto a la creación de nuevos vínculos. *“Eso es lo que piensa la gente, entendés. A ver cómo te pueden joder”*. Esta fragilidad vincular y la progresiva pérdida de las redes de contención, toman importancia sobre todo ante situaciones de crisis acentuadas como lo es el trabajo de duelo. El factor “pérdida” cumple un papel importante como punto de inflexión, el cual situaría a los sujetos frente a una situación de desamparo que reactualiza otras vivencias de desamparo fundantes y que posteriormente y en la mayoría de los casos, derivó en la

situación de calle. *“Cuando ella fallece yo me veo en una situación para mi extrema porque yo siempre trabajé con cama adentro, y me quede en la calle”*. Nos preguntamos si esta crisis vital, pondría de manifiesto la necesidad y fundamentalmente la ausencia de una red vincular que contenga y apunte al sujeto en estos momentos. *“(…) antes de eso tampoco tenía una vida muy sociable que digamos, antes de lo que me paso... Fíjate que me paso lo que me paso y no tenía a quien pedirle que me diera una mano que no fuera Bienestar Social. Si yo hubiera tenido un montón de amigos o un grupo más social, hubiera estado más relacionada, no hubiera terminado en Calidad de Vida”*.

En base a lo expuesto anteriormente, podríamos hipotetizar que las fallas en la familia como institución subjetivadora (que como trabajamos anteriormente, en ocasiones obstaculiza las condiciones de habitabilidad de otras instituciones), así como la desvinculación del sujeto con el orden institucional en general, como parte de los procesos de desafiliación de las matrices vinculares, generarían en los sujetos entrevistados cierta fragilidad a nivel psíquico, social y vincular, que antecede y condiciona (no determina) a situaciones de extrema vulnerabilidad, como la situación de calle.

A la luz de la hipótesis anterior, resulta importante mencionar la relación que los sujetos mantienen con el trabajo como institución. Los vínculos con respecto al trabajo como institución se presentan con características de inestabilidad y con cierta fragilidad. Observamos que el trabajo no constituye para los sujetos una fuente de realización personal, ni un espacio potencial de integración y de fortalecimiento de los lazos sociales y vinculares; ha dejado de ser una institución que apuntala, sostiene, que sienta las bases de la identidad subjetiva y colectiva y que marca el camino hacia un proyecto

futuro, convirtiéndose solo en un medio que permite satisfacer las necesidades básicas del día a día. Freud (1927), en relación a la importancia del trabajo, escribe:

“Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad”. (Pág. 80)

En este sentido, nos preguntamos si el trabajo, como institución dadora de sentido, sería en estas situaciones una institución que reproduce la desafiliación, la vulnerabilidad social y que empuja hacia la exclusión social. *“Me siento a veces indignado embroncado, que no me veo mucho futuro, no porque yo no quiera sino que... el sistema, la sociedad medio que te impone te va descartando te descarta en la edad. Ciertas cosas que vos querés hacer, principalmente me refiero al trabajo (...)”.* La desocupación desmantela el proyecto identificador y los cimientos mismos de la identidad en su anclaje social. (Sternbach; 2002). Esta crisis del lazo social manifiesta la limitación en la visión de un futuro como expectativa de mejora colectiva de la existencia social. (Castel; 1997). *“(...) es la dimensión desconocida porque no sabemos qué va a pasar, ninguna de nosotros sabemos.”*

Siguiendo con el mismo sentido argumentativo, situamos a las instituciones de disciplinamiento social. Las cárceles y los hospitales psiquiátricos significarían para los sujetos entrevistados instituciones fuente de sufrimiento, que en base a la privación de la libertad y el encierro, los dejan muchas veces frente a situaciones de desamparo,

inseguridad y vulneración constante de todos sus derechos: *“Me ignoraban, el doctor “x” me ignoraba, me pasaba por al lado, “ahora no puedo”, siempre estaba en reuniones, siempre en charlas. Lo único que me veía cuando me venía a ver, “¿cómo estás?” y yo estaba decaído, mal, porque el encierro, el entorno. Se produce de esta forma, una suerte de “Encerrona trágica” (Ulloa; 1995) en el sentido de que los sujetos para poder sobrevivir, apelan muchas veces, a instituciones incapaces de amparar y dar alguna solución, reproduciendo el maltrato y la exclusión, sin tener en cuenta vulnerabilidad de los entrevistados. En este punto, nuevamente las instituciones, excluyen a los sujetos de la dinámica social, generando una desafiliación constante con el resto de las instituciones sociales y sobre todo de las matrices vinculares, produciendo condiciones de vulnerabilidad.*

Por otro lado, los sujetos reconocen el factor pérdida, como una situación extrema que marca un acontecimiento en sus vidas y que los ha dejado en una situación de fragilidad y vulnerabilidad psíquica. *“Quizá el duelo de mi mamá no lo hicimos... igual yo a mi mamá la extraño ella era muy cariñosa con nosotros, éramos muy apegados nosotros dos y ella a nosotros nos queríamos mucho”*. Es necesario destacar que este otro, en la mayoría de los casos es un otro asimétrico que vendría a ocupar un lugar de gran importancia en la subjetividad de los entrevistados, lugar relacionado con la ley y cuya pérdida podría trastocar el mundo instituido por dicha ley. Lo cual nos conduce nuevamente hacia la hipótesis de las fallas constitutivas en la infancia, a partir de la violencia y el desamparo. En principio pareciera ser que la desaparición física de quién ostentaría dicha ley, produce significativos efectos en los sujetos. Es así que nos preguntamos cuál es la relación del sujeto con la Ley, a quién la adjudican, es decir, si esta ley reconoce un más allá de quien la sustenta o queda encarnada por un otro, como

lo único posible para el sujeto. Dejaremos esta hipótesis abierta, ya que puede ser motivo de futuras investigaciones.

Como trabajamos anteriormente, entendemos a la producción de subjetividad como un proceso inacabado, abierto a los efectos que lo social, los otros, los vínculos puedan producir. De esta forma lo singular, lo vincular y lo social, se enhebran de modos peculiares en una trama que entreteje lo uno y lo múltiple de modo irreplicable para cada sujeto (Sternbach, 2003). Es así que las condiciones inaugurales del psiquismo, no excluyen la producción de nuevas marcas a partir de los múltiples cruces que la vida posibilita, de esta forma el aparato psíquico se recrea y complejiza de modo diferencial en cada una de sus situaciones vinculares. En tal sentido, podríamos pensar que la vivencia de condiciones de extrema vulnerabilidad, como lo es la situación de calle, conducirían a modificaciones en las subjetividades de los entrevistados, las más de las veces produciendo efectos des-subjetivantes.

Asimismo, resulta importante reflexionar sobre la manera en que los sujetos van armando sus subjetividades a partir del universo de significados, valoraciones, y las propias experiencias de vida que proveyó el atravesar situaciones de vulnerabilidad extrema, como la situación de calle. Los sujetos entrevistados perciben al otro que comparte su condición de vulnerabilidad, como un otro distinto; otro con el cual transitan situaciones y vivencias, pero que sin embargo es necesario diferenciarse para recuperar algo del orden de la singularidad, frente a la generalización que el imaginario social realiza sobre la figura del excluido. *“Un negrito que tenga tanta cultura, me dijo un día una vecina. Claro, yo tengo, tengo cultura porque leo, leo mucho y escucho las cosas, veo, me informo le digo. Leo los diarios, hablo con personas, pero no, no con otro como yo, ¿de qué vamos a hablar? Ya sabemos todo lo nuestro”*. En este punto

podemos sostener que el imaginario social construido en torno a la figura de sujetos en situación de vulnerabilidad y exclusión social, se arraiga de tal forma que genera modos de pensar, sentir, decir y representar incluso en quienes padecen la realidad de estas circunstancias.

En el marco de la sociedad actual, con el debilitamiento de los enmarcamientos colectivo y el privilegio de la individualidad, la palabra sobrevivir, adquiere un significado importante en los sujetos entrevistados. Esta, se relaciona con el esfuerzo diario para mantenerse con vida físicamente y psíquicamente, es decir, que pone en juego no solo la capacidad de conseguir comida, agua y un lugar donde dormir. Quizás podríamos pensar que estos sujetos son “sobrevivientes”, tal como lo entiende Ulloa (1995) al referirse a aquellos que viven diariamente en las proximidades de la muerte “Atrapados en las condiciones que los ajustician, a la espera de una justicia ciega e insensible que, a su tiempo, oficialice ese ajusticiamiento” (pág. 200). Como sostiene Pérez Fernández (2006), la inseguridad vivida en la situación de calle, se va inscribiendo en el psiquismo, produciendo subjetividad y estableciendo modalidades vinculares y afectivas y una determinada representación del mundo presente y futuro; en este sentido, podríamos destacar como un rasgo característico de los sujetos entrevistados, a la incapacidad de pensar, cuestionarse o preguntarse acerca de las condiciones de su existencia, tomando protagonismo la falta de cualquier proyección o imagen a futuro y con ella el descuido: “*Y me vine de vuelta (...) estaba viviendo en la calle con un nylon, todo mugriento al no bañarme, mugre y la barba parecía Papá Noel, una mugre, una grasa por acostarte en cualquier lado. No te importa, te da lo mismo.*”

La situación de calle, presentada en palabras de los entrevistados, tiene ciertas características particulares, entre ellas se destaca la ausencia de una terceridad que

ampare y regule los vínculos intersubjetivos. Podríamos pensar que justamente si hay una Ley en la calle, es la Ley del más fuerte, constituida por la violencia y la inseguridad, como pilares básicos. Justamente en la violencia radica la posibilidad de sobrevivir de los sujetos, víctimas del hambre, el frío y el desprecio de la sociedad, todos ellos están atravesados por una violencia que termina organizando casi inevitablemente; pasan de víctimas a victimarios, evidenciando una ruptura de los pactos intersubjetivos (Kaës; 2007): *“Lo veo acá, pibes tomando alcohol, drogándose, haciendo barullo a las 2, 3 de la mañana, cantando. Yo con mi físico ya no puedo correr, no puedo hacer nada, me cagan de un tiro ahí, me dejan tirado. Es el miedo mío acá que un día vengan, me pongan ahí sin poder defenderme”*. Son sujetos jugados a la violencia por la violencia misma. (Ulloa; 1995). Por otro lado es interesante reflexionar, acerca de lo que Agamben (2004) propone como el Estado de excepción. Haciendo esta referencia, podríamos pensar justamente que la situación de violencia, fragilidad e inseguridad que vivieron los sujetos entrevistados, no es una excepción, es decir, algo irreplicable y pasajero que ante determinadas circunstancias adquiere vigencia; para ellos estas situaciones configuran el día a día, la cotidianidad: *“Conocí varia gente que quedó tirada pasando para el otro lado. Ahora se viene el verano, no pasa nada, pero en invierno quedan ahí secos, duros, el mismo alcohol y el frío se te para el corazón, fuiste”*.

Otra de las significaciones sociales registradas en el discurso de los entrevistados, establece que quienes se encuentran en situación de vulnerabilidad y exclusión, son los responsables de su propia desgracia, los culpables de lo que les sucede y les toca vivir, no reconociéndose como producto que la misma sociedad genera. *“Algunos te sacan volando, te dicen “voy a llamar a la policía”, “manga de*

vagos”, “búsquense trabajo”, cosas así. Normales. Bueno, vos no le podés decir nada, el que molesta es uno. Ellos son los damnificados, digamos”. Por otro lado y más allá de la perspectiva de los entrevistados, la sociedad contemporánea privilegia y realza como valores principales, al éxito y a la capacidad de autogestión individual de potencialidades, ubicando a los sujetos como agentes de su propio destino. Si cada “individuo” es agente promotor de su vida, en cuanto a sus capacidades y potencialidades, también el fracaso, la vulnerabilidad y la exclusión pasarían a ser responsabilidad de los mismos sujetos. La sociedad en general, no considera la vulnerabilidad y la exclusión de unos “pocos” como resto de un sistema al cual sostenemos todos, sino que el fracaso queda anotado a título individual; la sociedad es la víctima, y como tal se protege de la amenaza que significa el vulnerable, el vagabundo, el delincuente, el cartonero, etc. El no verlos, la indiferencia, la banalización del padecimiento ajeno, es una de las maneras de protegerse de esa amenaza. Una manera más de violentar a quienes se encuentran en una situación de desamparo, considerados enemigos internos. Si hay excluidos es porque hay un sistema que los genera y una sociedad que lo permite y lo mantiene, (Rebellato; 1996). “Mucha gente, por ser discapacitado, no te quieren en la casa, hay gente que no los quiere. Lo deja en lugares especiales, adecuados, van, pagan y chau. Se lo sacan de encima (...) hoy lamentablemente no es así, te descartan”.

En esta línea, las situaciones de violencia que han padecido o ejercido los entrevistados, pueden pensarse como una modalidad vincular que irrumpe como una expresión desplazada e introyectada de la violencia social: “Casi nos matamos a palos, los dos, no es que yo le di a ella o ella a mí, los dos nos dábamos unas palizas barbarás, terminábamos los dos en cana” Podríamos sostener que la impulsividad y la

tendencia al acto producto de una falla en la capacidad simbólica, demuestra la ausencia de mediación de la palabra entre el afecto y el acto, por lo cual el afecto es expresado por medio de la acción, cuestión que puede llevar a realizar conductas transgresoras como respuesta también a una sociedad que los agrede. (Giorgi, 2003). La violencia es producto fundamentalmente de dos cosas a saber: el resentimiento por las promesas incumplidas y, por el otro, la falta de perspectiva a futuro, (Bleichmar; 2008). “(...) *me quería morir, quería agarrar un caño, ponérmelo en la cintura, si total ya estoy jugado, salgo a hacer desastre. Terminaba en masacre, porque yo preso no voy más*”. Se propagan así contextos, en donde las instituciones reproducen y mantienen las situaciones de vulnerabilidad, generando dificultades en el establecimiento de vínculos: se trata solo de interacciones limitadas a quienes comparten su condición, vínculos efímeros e inestables: “*Hay gente que no, no, no puede hablar con nosotros. No, no, no nos entienden. Hay algunos que no, no quieren hablar. No quieren hablar y uh, para sacarle una palabra (...) Tiene que ser un conocido más o menos, digamos. Si no, no le sacas palabra*”.

El panorama nos ofrece un entorno inestable generador de condiciones de vulnerabilidad social, y sujetos que deben producir diferentes estrategias para sobrevivir. La situación de vivir en calle marca un universo de códigos y estrategias, así como la necesidad de producir mecanismos de defensa psíquicos para sobrevivir en esas condiciones. La adaptación pasiva permite transitar la situación de calle con menos conflicto y sufrimiento, a la vez que dificulta las relaciones afectivas y vinculares. (Pérez Fernández; 2006). Estas características de la subjetividad de los excluidos en términos de Giorgi (2003), hacen referencia a los modos en que los sujetos en situación

de exclusión y vulnerabilidad intentan enfrentar sus condiciones de vida y establecer diferentes contextos subjetivantes que les permitan sobrevivir.

Por otro lado, quisiéramos retomar una observación registrada acerca de las diferencias de género, en cuanto a las condiciones físicas y psíquicas de los entrevistados en el momento de ingreso a la institución “El Campito”. Como desarrollamos en otro apartado, pudimos observar en las entrevistas y durante la observación en el lugar, que la gran mayoría de las mujeres que residen allí, habían llegado con un franco deterioro mental, producto de diferentes patologías psíquicas severas. En contraposición, la población masculina, reconocía su especificidad en cuanto a que su deterioro era fundamentalmente físico; este hecho diferenciaba también a ambas poblaciones en la edad, ya que los hombres por lo general llegaron al límite de sus posibilidades en la calle, límite que muchas veces impone el cuerpo y el psiquismo que va deteriorándose con los años; en cambio en las mujeres su ingreso está signado por el deterioro psíquico que causan las diferentes patologías y que no reconocen en su afectación a la edad. Varias son las líneas de pensamiento que se abren a partir de lo expuesto, pareciera ser que las mujeres llegan a una situación de calle solo frente a patologías psíquicas severas, lo cual nos podría indicar que de ausentarse estas, presentarían mayores recursos para construir otro tipo de sostén y así evitar una situación de calle. Nos preguntamos, a su vez, cuál es el lugar del imaginario social en estas situaciones, en torno a la figura del hombre y de la mujer; quizás el imaginario social remarca las diferencias de género, en cuanto a la tolerancia y las posibilidades de inclusión social. De cualquier manera, este objetivo excede al presente trabajo, sin embargo abrimos una agenda de debate que podría ser retomada en futuras investigaciones.

Es importante tener en cuenta que los padecimientos actuales se acentúan en los sujetos en situaciones de vulnerabilidad social y se ven reforzados por la inexistencia de instituciones capaces de hacer algo con esta situación. Es así que las instituciones contemporáneas, a partir de la metamorfosis estatal y el predominio del mercado, ya no son espacios de sostén y apuntalamiento, así como tampoco regulan los encuentros entre los sujetos; asisten a un proceso de vaciamiento de sentido, desligadas y fragmentadas, terminan por reproducir las condiciones de expulsión social (Grupo doce; 2001). Por otro lado, resulta interesante mencionar que muchas veces, las fallas en las instituciones reguladoras, adjudicables a los Municipios y en mayor medida al Estado, permiten de manera paradójica y por los mismos efectos de la desatención y la desregulación, que algunas instituciones puedan cumplir un rol de asistencia y amparo que excede en muchas ocasiones a sus funciones y a los tiempos y límites legales impuestos de manera arbitraria, ajustándose a los tiempos y necesidades de las subjetividades que se proponen auxiliar.

Los sujetos entrevistados encuentran en “El Campito” una institución que les permite retomar sus vidas y sus proyectos. La mayoría señala el ingreso al campito como un antes y un después, ya que resurge en ellos la importancia de tener un orden y una programación en sus vidas, creando espacios de apuntalamiento y solidez en donde se potencian los intentos de nuevas formas de lazo social. Los sujetos entrevistados *habitan* espacios potenciales de re-subjetivación en donde se sienten seguros y pueden satisfacer sus necesidades básicas, además de recuperar la posibilidad de recomenzar el trabajo psíquico que impone la transformación y recomposición de los lazos sociales. El campito se constituye para los sujetos entrevistados en una institución de amparo, justamente frente a la desubjetivación y el desamparo vividos a lo largo de toda sus

vidas; una institución cuyo objetivo es ligar, afirmar y sostener, además de establecer un espacio habitable y de apuntalamientos múltiples. *“Acá me siento bien, me siento protegido digamos”*.

Si bien los sujetos saben que el campito configura un apartado en sus vidas, la mayoría se preguntan por su futuro y con ello adviene la incertidumbre. En este sentido, nos cuestionamos acerca del “Hogar El Campito” como institución de amparo en su capacidad para dejar las marcas subjetivas que señalen el camino de la continuidad y la transferencia hacia otras instituciones sociales. De esta forma se redobla la apuesta para una sociedad que tenga como premisa la inclusión y el bienestar de todos sus ciudadanos.

Bibliografía

- Acuña, J. (2008). Notas para una discusión de la noción de Subjetividad. Material de la Cátedra Psicología de los Grupos. UNMDP.
- Agamben, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Ed. Pretextos.
- Agamben, G. (2004). Estado de excepción homo sacer. Ed. Pretextos, Valencia.
- Agamben, G. (2007). *Infancia e historia: Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Bs. As: Ed. A. Hidalgo
- Aguiar, E. (2011). Exclusión y subjetividad. Nos-otros. Pensando lo vincular. Disp.En:http://www.apdhargentina.org.ar/salud_mental/trabajos/Exclusi%C3%B3n%20y%20Subjetividad.%20Por%20Elina%20Aguiar..pdf
- Allouch, J. (1996) “Inhibición, síntoma, angustia: ¿los tres tiempos del duelo?”, en: *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, Bs. As: École Lacanienne de Psychanalyse.
- Alvarez, H. (1992). El perito psicólogo en el campo penal. En: Alvarez. H, Varela. O & Greif. D. (Eds.), *La actividad pericial en Psicología Forense*. Bs. As: Ed. Del Eclipse.
- Aulagnier, P. (1976). La violencia en la interpretación. Bs. As. Amorrortu Editores.
- Aulagnier, P. (1986). El aprendiz de historiador y el maestro-brujo. Bs. As. Amorrortu Editores.
- Bauman, Z. (2005). Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos. Fondo de Cultura Económica, Bs. As, 2006

- Bleichmar; H. (1995): El narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente. Bs. As. Nueva Visión.
- Bleichmar, S. (1999). Entre la producción de subjetividad y la construcción del psiquismo. Revista del Ateneo Psicoanalítico. Nro. 2.
- Bleichmar, S. (2005). Límites y excesos del concepto de subjetividad en psicoanálisis. En la Subjetividad en Riesgo. Topía Ed. Bs. As.
- Bleichmar; S. (2007). Dolor País y después... Ed.: Libros del Zorzal. Bs.As.
- Bleichmar; S. (2008). Violencia social-Violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades. Ed.: Noveduc.
- Botello, N. (2008). Vulnerabilidad y desafiliación social en la obra de Roberto Castel. *Revista Sociologica*, vol. 68, 151-175.
- Carozzi, M. J. (2006). Entre santos, cumbias y piquetes: las culturas populares en la Argentina reciente. D. Míguez, & P. Semán (Eds.). Ed. Biblos.
- Bornhauser, N. (2006). Seducción y subjetividad. Consideraciones psicoanalíticas a propósito de la incidencia de la lógica de la seducción en las modalidades contemporáneas de constitución subjetiva y los correspondientes avatares subjetivos en la era del consumo. *Revista Psicoperspectivas*, 5, 23-3.
- Castel, R. (1995). De la exclusión social como estado a la vulnerabilidad como proceso. Disp. En: <http://www.escuelassj.com/mod/resource/view.php?id=15255>
- Castel, R. (1997). La metamorfosis de la cuestión social. Ed. Paidós. Bs. As.
- Castel; R. (2004). Las Trampas de la Exclusión. Trabajo y utilidad social. Ed.: Topía. Bs. As.
- Castoriadis, C. (1975): La institución imaginaria de la sociedad. Ed.: Tusquets.

- Castoriadis, C. (1988), *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Ed. Gedisa, Barcelona.
- Castoriadis, C. (1986). *El estado del sujeto hoy*. En *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Ed. Nueva Visión, Bs As.
- Castoriadis, C. (1990). *El mundo fragmentado*, Editorial Altamira. Bs As.
- Castoriadis, C. (1997). *El imaginario social instituyente. Zona erógena*, Vol. 35.
- Castro, E. (2004). *El vocabulario de Michel Foucault*. Bs. As. Editorial: *Prometeo*.
- Castro E. (2011). *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*. Siglo Veintiuno, editores. Bs. As.
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. C. (2008). *La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. Psykhe (Santiago)*, Vol. 17, No.1.
- Cruglak, C. (1994): *Entre la Cosa y el Objeto: un Trabajo de Duelo*. Jornadas E. F. B. A.
- Dejours, C. (2006). *La banalización de la injusticia social*. Bs. As. Editorial: Topía.
- Deleuze, G.; 1986 *Foucault*. Bs. As. Editorial: Paidós, 1987
- Deleuze, G. (1989). *¿Qué es un dispositivo?* En *Michel Foucault, Filósofo*. Ed. Gedisa. Barcelona.
- Díaz, E. (1990): *La constitución del sujeto moral en época de crisis*. En: Cuadernos de ética N° 9. Junio de 1990. Bs. As. Asociación argentina de investigaciones éticas.

- Duschatzky, S.; Corea, C. (2002). Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones. Ed. Paidós- Tramas Sociales, Bs. As, 2002.
- Espíndola, F (2010). De los procesos de integración y desintegración social en las sociedades contemporáneas. Elementos analíticos para su consideración. Disponible en http://www.fcs.edu.uy/archivos/Mesa_2_Esp%C3%ADndola.pdf
- Fernández, A. M. (1992). Mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias. Bs. As. Ed. Paidós.
- Fernández, A. M. (1989). *El campo grupal: notas para una genealogía*. Bs. As: Nueva Visión.
- Fernández, A.M. (2007). Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades. Bs. As: Biblos.
- Freud, S. (1895). Proyecto de una psicología para neurólogos. Tomo I. En: Obras Completas, Bs. As. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. Tomo XIV. En: Obras completas. Bs. As. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1917). Duelo y Melancolía. Tomo XIV. En: Obras Completas. Bs. As. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. Tomo XVIII. En: Obras Completas. Bs. As. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927). El porvenir de una ilusión. Tomo: XXI. En Obras Completas. Bs. As. Amorrortu Editores
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. Tomo XXI. En Obras completas. Bs. As. Amorrortu Editores.

- Foucault, M. (1966). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977). *Vigilar y Castigar*. México. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977). *La Voluntad de Saber. Historia de la Sexualidad*. México. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Edit. La Piqueta, Madrid.
- Foucault, M. (1984). El poder y la norma. En: revista: *La nave de los locos*. Nro. 8. Universidad San Nicolás Morelia.
- Foucault, M., Morey, M., & Allendesalazar, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Gallo de Moraes, M. y Kother Macedo, M. (2012). *Vivencia de Indiferencia. del trauma al acto-dolor*. Bs. As. Psicolibro. Ediciones.
- Garcia Fanlo, L. (2011). ¿Qué es un dispositivo? Foucault, Deleuze, Agamben. Disponible en: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fanlo74.pdf>
- Giorgi, V (2003). *Construcción de la subjetividad en la exclusión*. En *Drogas y Exclusión Social*. Ed. Atlántica. Montevideo
- Gremes, R. (2010). *Escenario social y subjetividad. Una mirada sociodramática*. Disponible en <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num1/subjetividad-gremes-sicardi-mirada-sociodramatica.php>.
- Grosrichard, A. (1977): “El juego de Michel Foucault”. Entrevista publicada en la *Revista Ornicar*. Núm. 10. Julio, págs.62.
- Grupo doce (2001). *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*. Bs. As. Grupo doce.
- Goffman, E. (1994). *Internados: ensayo sobre la situación social de enfermos mentales*. (5ª Ed.). Bs. A. Amorrortu Editores.

- Janin, B. (2009). La violencia en la estructuración subjetiva. Cuestiones de infancia. Edit. Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)
- Kaës, R. (1979). Crisis, ruptura y superación. Ediciones cinco. Buenos Aires.
- Kaës, R. (1989). Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones. *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*. Editorial: Paidós.
- Kaës, R. (1991). Apuntalamiento y estructuración del psiquismo. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 3(4).
- Kaës, R. (2007). Conferencia: Malestar del mundo moderno, los fundamentos de la vida psíquica y el marco metapsíquica del sufrimiento contemporáneo. Material de circulación interna de la cátedra Psicología de los Grupos; UNMDP.
- Lazzarato, M. (2008). Biopolítica/bioeconomía. En I. C. F. Passos, Poder, normalização e violência. *Incursões foucaultianas para a atualidade*. Belo Horizonte: Autêntica.
- Legrand, M. (1999). La contra-transferencia del investigador en los relatos de vida. *Proposiciones*, Vol. 29.
- Lewkowicz, I. “Subjetividad adictiva, un tipo psicosocial históricamente constituido”. *Revista de la A.A.P.P.G.* N° 1, Bs. As. 1998.
- López, J. S.; Blanco, F.; Scandroglio, B; y Rasskin Gutman, I. (2010): Una aproximación a las prácticas cualitativas en psicología desde una perspectiva integradora. *Papeles del Psicólogo*. Vol. 31 (1).
- Pérez Fernández, R. (2006). Desigualdad, vulnerabilidad social y salud mental. Vivir en situación de calle en Montevideo. En: *Memorias del I Congreso*

Ecuatoriano de Psicología Comunitaria. Entre desesperanzas y utopías. Quito: Universidad Politécnica Salesiana.

- Pintos, S. (2001). El sujeto en la organización. Pertenencia. Participación. Mecanismos adaptativos. Resiliencia. Tesis maestría Psicología Social. UNMDP.
- Piña; C. (1988): La construcción del “sí mismo” en el relato autobiográfico. Documento de Trabajo, Programa FLACSO-Chile, N° 383.
- Puget, J. (2002). Qué difícil es pensar incertidumbre y perplejidad. *Revista de la asociación psicoanalítica de Bs. As.* 129-15
- Rebellato, J. L. (1996). Desde el olvido a la construcción de una ética de la dignidad. En: Facultad de Psicología, Universidad de la República. Historia, violencia y subjetividad. III Jornadas de Psicología Universitaria. Montevideo: Multiplicidades, pp. 27 – 31
- Regnasco, M. J. (2012). *Para comprender la problemática del mundo actual*. Bs. As: Imago Mundi.
- Rojas, M. C. (2010). Desamparo y desmentida en la familia actual: intervenciones del analista. *Vínculo*, 7(2).
- Sternbach, S. (2002). Identidades. Disponible en <http://www.topia.com.ar/articulos/identidades>
- Sternbach, S. (2003). En los bordes: clínica actual y tramas vinculares. En Lerner, H. (comp.), *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. Libros del Zorzal, 2003, Bs. As.
- Ulloa, F. O. (1995). *Novela clínica psicoanalítica: historial de una práctica*. Bs. As. Editorial: Paidós.